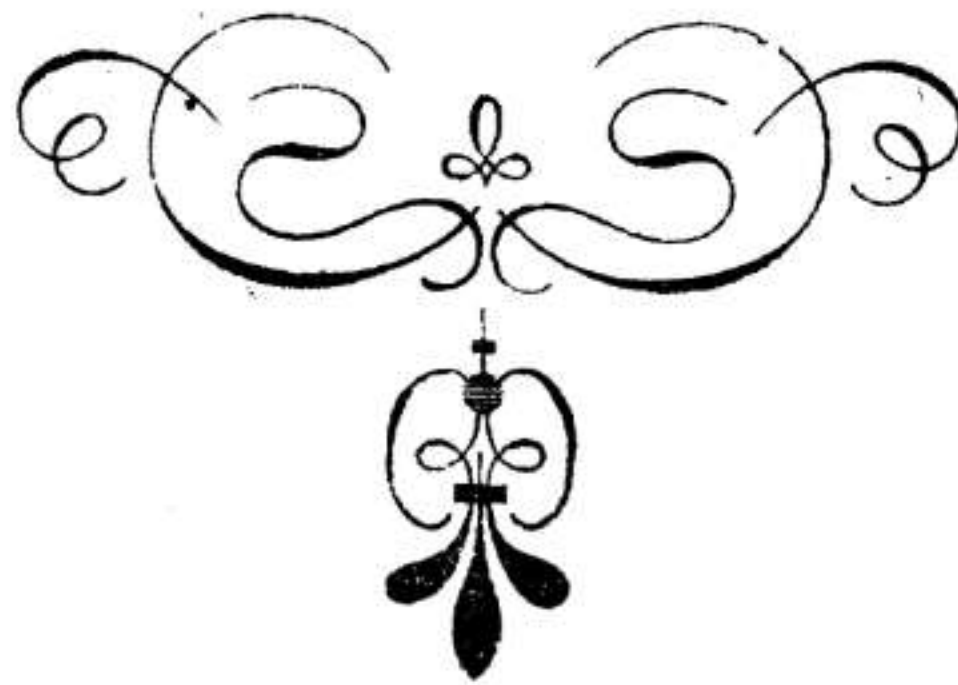


ROSA DE ROY.

HISTORIA VALONA.

POR

Don L. Aguirre.



PAMPLONA. = 1864.

Imprenta de EL CORREO DE NAVARRA.

I.

En una de las verdes colinas próximas á la ciudad de Lieja, se mostraba coquetamente, hace unos veinte años, detrás de una cortina de fresnos y de pinos, una linda casita, cuyas dependencias consistian en un encantador jardin que hacía tambien veces de huerto.

Una senda á la que costeaba por un lado una especie de barranca, sobre cuya rojiza quebrada se alzaba una fila de álamos y por el otro un seto vivo y frondoso, empavesado de campanillas y clemátides salvages, subia apacible hácia aquella risueña mansion, y bajaba en seguida desenvolviéndose con la misma gracia mesurada y lenta, al rededor de una parte de la colina, á la que de este modo ceñía durante un cuarto de hora, con un cerco de sombra y de frescura.

Despues de esto, la llanura con sus ricos pastos. Mas

lejos, dominando la aldea de Vivegnis, se alzaba la torre de Oupeye, mas antigua que la misma ciudad de Lieja, y que fué construida y habitada por la hermosa cuanto pérfida Alpaida, madre de Cárlos Martel.

Hácia esta parte se estiende el risueño terruño de Herstal, donde en otro tiempo existian las caballerizas de Pepino el grueso, =Herstal, Heristal, caballerizas del dueño, =y donde aun se halla en pié la iglesia levantada por Carlomagno, presentando á la piedad de los fieles y á la curiosidad de los anticuarios el gran Cristo que este emperador mandó hacer de su altura misma.

Aquí, el bello molino de harina, que la tradicion señala como retiro de la reina Berta, madre de Carlomagno, natural que fué de Lieja, segun asegura el erudito Mabillon, y en fin, allá la aldea de Jupille, la ciudad de los siete castillos, como se la llamaba en los tiempos de su gloria, y en donde los cronistas belgas creen que nació el gran emperador.

De todo su esplendor no le queda mas que una parte del Castillo de Conrado el Frison. Esta parte es todavía bastante considerable, y puede vérsela en la orilla de la calzada de la aldea, á la mano derecha.

Por poco que la mirada del paseante en tren de explorar aquel suelo fecundo en vestigios históricos, viniese á caer sobre la pintoresca casita de ladrillo de que hemos hablado, y que, vista desde el pié de la colina, hacia el efecto de una manzana roja y perfumada, escondida á medias entre su follage, no dejaba de poner el pié en la agreste senda, y pronto, sin esfuerzo y sin cansancio, llegaba á la estrecha meceta donde estaba situada. En aquella altura, el rico panorama que hemos descrito, se desarrollaba ante sus ojos, y además, en un dia de buen sol, su mirada podia seguir á alguna distancia de la colina los caprichosos tornos y revueltas del Mosa, que sepa-

ra á Herstal de Jupille, y cuyas aguas centellean al través del follage como una magnífica cinta de plata.

Ó bien si necesitan to meditar en la soledad, cedia á la invitacion que le hacian la tierna y frondosa yerba, las pervincas amadas de Juan Jacobo, los lirios de los bosques, la perfumada violeta, todas las lindas flores, en fin, que anhelan la frescura y la oscuridad, podia tenderse bajo los grandes árboles, para escuchar lo que tenia que decirle su corazon, al mismo tiempo que el alegre silbo de los mirlos, y el arrullo de una nube de pichones que venian de tiempo en tiempo á posarse sobre las mas altas ramas, para volver á partir de un vuelo en direccion de un ruidoso corral.

Entonces, dichoso el paseante de un exterior decente y á quien la naturaleza dotó de una fisonomía honrada, porque no tardaría en ver abrirse ante él la verja de hierro de un patio muy aseado, sobre cuyo blanco pavimento se alineaban, en sus grandes cajones verdes, admirables adelfas, de entre los cuales veíase salir una antigua sirvienta alta y flaca, y sin embargo de agradables aunque un poco acompasadas maneras, la cual venia á rogar al transeunte hiciese á su amo el honor de descansar en su casa.

Si aquel rehusaba, la ceremoniosa criada no insistia; saludaba con dignidad, y se volvia para cerrar su verja, con la misma solemne lentitud con que la abrió, y sin ocuparse mas del que habia sido objeto de sus urbanidades.

Si, por el contrario, aceptaba, el cambio no podia ser mas manifiesto; aquella misma sirvienta desplegaba una extraordinaria agilidad, que ponía al servicio de la hospitalidad cordial de su amo, y, retirarse el huésped, llevaba consigo de la casa de Fresnos y sus habitantes una deliciosa impresion cuyo agradable recuerdo por largo tiempo conservaba.

De este modo fué como yo me introduje con esta familia y como tuve ocasion de saber la historia de Rosa Deroy, que me propongo contar hoy.

En el momento en que mi reclamacion comienza, cuatro personas, entre ellas un mozo de jardin, habitaban la casita.

En primer lugar M. Deroy, que era el amo, si es que un hombre tan sabio, tan bueno, tan franco y tan perezoso puede decirse que es amo de nadie ni de nada.

Durante veinte años M. Deroy, habia sido profesor de lenguas muertas y vivas, con gran provecho de la juventud de Lieja, aunque no de su propio bolsillo, y se habia retirado á descansar de las fatigas de la enseñaanza á aquella modesta y risueña casita, que las economias de su vida entera le permitieron adquirir. Allí, entre su viejo Horacio, su vieja pipa y su vieja ama (puesto que largos años de buenos servicios habian hecho que esta fiel mujer formase parte integrante de la familia) el buen profesor dejaba correr su vida en un continuo encanto, consagrado á su Rosita, su hija única, y que á la sazón solo contaba ocho años.

Balbina, que así se llamaba la buena sirviente, habia entrado muy jóven aun al servicio de aquella familia; en ella habia envejecido, habia cuidado con el mayor cariño á Madama Deroy en la larga y dolorosa enfermedad que la arrebató; jóven aun, á su marido y á su hija, y en fin, habia ayudado por su parte á M. Deroy á echar á perder á la niña que continuaba confiada á sus cuidados.

Así como su amo, la buena y digna Balbina consagraba su existencia entera á aquella débil y dulce criatura, á la que ámbos creian firmemente deber una indulgencia sin límites, para indemnizarla de las caricias de su madre, á la que no habia conocido nunca. Así jamás se la contrariaba; su voluntad tenia fuerza de ley, y sus deseos no bien

se formulaban quedaban cumplidos.

A dicha los caprichos de Rosa no eran ni demasiado irracionales ni demasiado numerosos; porque es menester hacerle justicia, no abusaba con exceso de su poder; sin gran trabajo se la convencía de que no siempre tenía razón, y por poca maña que se tuviese, se llegaba frecuentemente á obtener de ella cuanto se deseaba.

Tenía esos bellos impulsos del corazón, esas vivas y tiernas caricias que desarmaban la agena severidad, y con las que se hacía objeto de todas las abnegaciones posibles.

¡Y qué bien aprendía todo lo que M. Deroz enseñaba á aquella última y querida discípula! ¡Cómo cosía, hacía calceta, y aun hilaba primorosamente bajo la dirección de Balbina.

Las frescas carcajadas de su jóven reír, las notas argentinas de su naciente voz, cuando ensayaba alguna sencilla canción, los saltitos de sus ligeros pies, animaban la casa y la llenaban de movimiento y de alegría.

Era absolutamente preciso, tal era al menos la opinión de su padre y de Balbina, pasar su vida amándola y admirándola.

¿No es milagroso que una educación tan poco juiciosa no haya echado á perder tan buen natural? No estaría yo lejos de creer que en esto ha obrado alguna intervención divina. Antes de morir, la madre de Rosa había rogado á Dios tanto por ella, bañando con lágrimas aquellos dulces ojos no abiertos aun á la luz. ¡Ah! qué angustia debe experimentar una madre al dejar sobre la tierra á una criatura tan tierna, y cuán poderosas deben ser ante el Señor las oraciones mudas de su agonía!

Había sin embargo una persona que se permitía el no hallar perfecto cuanto hacía Rosa, que osaba no aplaudir todos sus caprichos, que emitía francamente su opinión

acerca de su conducta, y cuya voz, por otra parte benévola, no se unia jamás al concierto unánime de elogios prodigados á la niña. Y véase cómo hay razon para decir que el espíritu de contradicción es inherente á la naturaleza femenina: de esta persona era precisamente de quien Rosa temia mas una mirada desaprobadora y de quien buscaba con mayor empeño una rara sonrisa.

Tres discípulos de Mr. Deroy habitaban en Jupille. Uno de ellos, Pedro Kepenne, huérfano, habia debido al buen profesor el poder hacer sus estudios sin que nada le costasen á su tio, constructor de carretas, el cual lo habia recogido. Era Pedro un muchacho de extraordinaria inteligencia y de un carácter singular. Una palabra de afecto de parte de las personas á quienes amaba hacia asomar lágrimas en sus grandes ojos tranquilos y pensativos. Una palabra dura ó injusta daba á su mirada una expresion de indomable orgullo, ó tal vez de inexorable desprecio.

Mr. Deroy habia puesto con suma delicadeza su mano sobre aquella alma jóven, lacerada por precoces dolores. Habia contemplado con exquisita bondad aquella sensibilidad, exagerada hasta el punto de enfermiza. Habia desarrollado con amor aquella magnífica inteligencia, y dirigiendo prudente aquella naturaleza tan llena de rectitud en pensamientos, en palabras, en acciones habia llegado á hacer de aquel pobre huérfano un hombre notable, que pagaba todos sus cuidados, toda su solicitud, con el mas tierno, el mas filial afecto.

¡Ah! que lástima que Mr. Deroy no se diese las mismas trazas para educar bien á una señorita!

Pedro habia crecido á la vista de su profesor, habia visto nacer á Rosa, que contaba seis años menos que él. Todos los dias, cuando era estudiante aun, le traia una fruta, una flor, cualquier cosa, y acabó por amar á la-

niña, con aquel tierno y caballeresco afecto que puede experimentar un huérfano que siente vivamente la pérdida de su madre, y que halla una criatura que ha experimentado al nacer una desgracia semejante á la suya.

Pedro era apasionado por la música, y queria ser compositor. En la época en que Mr. Deroy dejó la enseñanza, habia aquel llegado á ser uno de los mejores discípulos del conservatorio de Lieja, lo cual no le impidió el adquirir por si solo un excelente talento para el dibujo. En su calidad de vecino de campo de Jupille y de antiguo discípulo y amigo, habia dado durante algun tiempo lecciones à Rosa.

Con motivo de estas lecciones me ha contado Mr. Deroy una pequeña anécdota, que es menester que refiera aquí, porque dá á conocer muy bien la especie de imperio que ejercia, como ya lo hemos indicado, el jóven maestro sobre su niña discípula.

Una mañana, el buen profesor y Pedro conversaban y fumaban sentados junto á una ventana abierta del comedor. Rosa, que aquel dia no estaba de humor alegre, procuraba perezosamente dibujar sobre su pizarra el tronco recto y elevado de una vieja acácia, cuyas floridas ramas llegaban balanceándose hasta el borde mismo de la ventana cuando las agitaba un leve soplo de viento.

Por la tercera ó cuarta vez la niña trajo á Pedro su borron, y mostrándole líneas tan curvas como el arco iris, le preguntó; «¿Está ahora bien?»

—«No, Rosa, respondió el jóven maestro borrándolas, el árbol que os sirve de modelo es extremadamente recto, y este no lo es. Probad otra vez».

—«En verdad, dijo la niña con algo de impaciencia, con lo hecho basta. Me he esforzado tanto que me duele la cabeza. Estoy segura de que nadie llegará á dibujar con exactitud ese viejo árbol. Yo por mi parte renuncio á ello.»

==«Como gustéis,» respondió Pedro volviendo la cabeza y enviando hácia la acácia una bocanada de humo de su cigarro.

Habia tal frialdad en aquellas simples palabras, que despues de haber vacilado durante cinco ó seis minutos, mirando alternativamente, oró á su padre, que afectaba no mezclarse en nada, ora á Pedro, que ya no se ocupaba de ella, Rosa volvió á sentarse en su silla, sin hablar una palabra, pero tambien sin soltar su pizarra y su lápiz.

Un gracioso petirojo pasaba y repasaba con la rapidéz del relámpago entre las ojas de la acácia, y de cuando en cuando se paraba á cantar sobre uno de los perfumados racimos,

Al fin de cada cadencia, bebia una gota de rocío en el cáliz de las flores, y despues, levantando hácia el cielo su piquito, volvía empezar sus alegres canciones.

Rosa lo escuchó y lo miró durante cosa de un cuarto de hora; despues, volviendo á asir el lápiz y la pizarra que tenia sobre sus rodillas, se puso tarareando una canción, á empezar de nuevo su dibujo.

Al principio su mano recorria lentamente la pizarra, despues, á medida que su canto se animaba, que se hizo mas alegre, mas vivo, los rasgos de su lápiz fueron mas rápidos, mas seguros, hasta que al fin acabando su canción de prisa, y dirijiéndose á Pedro, puso á su vista con aire de triunfo su córrecto dibujo.

El jóven tomó la pizarra, alabó las proporciones del árbol, y le dijo con bondad que celebraba mucho aqualla perseverancia, aquel loable esfuerzo de voluntad.

==«Y sabeis, Pedro, dijo con alegría la niña, lo que me ha hecho salir bien esta vez? Es que he dibujado mi árbol por música».

Pedro le dió por toda respuesta una de aquellas gra-

ciosas y fugitivas sonrisas que tanto agradaban á la niña. Mr. Deroy tomó á Rosa sobre sus rodillas, y abrazándola tiernamente le dijo: «Ojalá hagas por música todas las cosas difíciles de tu vida: así te ahorrarás muchos tormentos!»

El buen padre tenía razón; pero para preparar á su hija á hacer por música todas las cosas difíciles de la vida, habría sido necesario dejarle entrever algunas de sus asperezas. Lejos de eso, parecía que la sombra de los grandes árboles que rodeaban la habitación no debiese jamás descender sobre su cabeza; parecía que sus días debiesen ser invariablemente serenos y puros. ¡Ya lo veremos!

Entretanto, Rosa experimentó una primera pena, seria para su edad, pero que felizmente no fué de duración. Podría en aquella época tener unos doce años.

Era por la mañana. Una cotorra del Brasil, á la que quería tiernamente, escapándose de sus manos mientras la acariciaba, había volado hasta los fresnos que estaban fuera de la casa.

Protegida por el verde color de su plumage, se ocultaba á las miradas de todos, y á pesar de las investigaciones mas minuciosas, nadie había logrado descubrirla en el árbol donde se ocultaba.

En vano Rosa la llamó por sus mas dulcés nombres, el ingrato animalejo permanecía sordo á todos sus cariños, á todas sus promesas, y en fin. Mr. Deroy, Balbina y el jardinero, perdida la esperanza de atrapar á la fugitiva, habían vuelto á casa rendidos, estenuados.

Rosa sola permanecía en el patio de los Laureles, no pudiendo resolverse á abandonar sus investigaciones. De tiempo en tiempo se aproximaba á la cerrada verja, y con una voz tan dulce, tan triste que hubiera persuadido á cualquiera que no fuese un pájaro en libertad, le decía: «Ven, ven».

De improviso oye sobre su cabeza un ruido de alas, y vé á su querida cotorra posarse en uno de los laureles.

—«Ven, ven», vuelve á decirle la niña con suplicante voz.—«Si, si.» responde con volubilidad la cotorra, dejando su puesto para posarse de nuevo sobre uno de los travesaños de la verja de hierro.

¿Qué hacer? si Rosa la llama puede asustarse y volar otra vez al campo.

Durante estas perplejidades, la cotorra seguía con la vista todos los movimientos de la niña, y parecía como que la desafiaba á que se apoderase de ella.

Sin embargo, forzoso era hacer algo. Rosa se decide á adelantarse poco á poco hácia la verja, agotando el vocabulario de las ternuras que se prodigan á un pájaro favorito. ¡Cómo le late el corazón? Ya está junto á la cotorra, ya se lanza á asirla, cuando dos manos gruesas y velludas previenen su acción, y se apoderan de ella por el otro lado.

Rosa lanza un agudo grito. Un hombre, á quien ella no conoce, ha cojido la cotorra. Pero pronto se serena, porque el desconocido se la alarga al través de los barrotes de la verja.

—«Tomad, señorita, le dijo con una voz singularmente dulce, y no tengais miedo, porque no voy á haceros daño alguno. Solo si V. quisiese, en cambio de este pequeño servicio, permitid al rey de las flores y de las mariposas dar un poco de agua á aquellos de sus vasallos que en vuestro patio experimentan alguna sequedad, os quedaré agradecido». Decía esto señalando las adelfas que en aquel momento doblaban sus lánguidas cabezas.

Rosa miraba á aquel hombre con atónitos ojos, y no entendía una palabra de su extravagante súplica. Pero Mr. Deroy, que había oído el grito lanzado por su hija, se apresuró á abrir por el mismo la verja.

==«Entrad, Mr. Chabardeze», dijo.

==«Celebro, mucho conoceros, Mr. Deroy», replicó el otro con la mayor urbanidad.

Era un inválido, vestido con un traje traído, pero muy limpio, mitad militar y mitad civil,

==«¿Permitis?» volvió á decir señalando las adelfas.

==«¡Cómo! Al contrario, os lo ruego. Comunmente soy yo quien se encarga de regar las flores de este patio; solo que, añadió acariciando el lindo collar de plumas anaranjadas de la cotorra, las carreras que hemos tenido que dar por las cercanías en busca de este animalejo, me han hecho esta mañana descuidar este deber. Gracias á vos, Mr. Chabardece, el mal estará reparado pronto. «¡Blbina! las regaderas.» Balbina apareció en efecto trayendo las regaderas, que Mr. Deroy, llenó haciendo girar la llave de un depósito oculto por una adelfa, y que recibía las aguas pluviales de la casa.

El señor Chabardeze puesto que así había llamado el dueño de la casa al inválido, se puso al momento con gran presteza, á pesar de su pierna de palo, á regar las adelfas del patio, y parecía gozar en ello tanto que su rostro, bastante feo por cierto, parecía transfigurado.

Cuando se hubo acabado de regar, Mr. Chabardeze cambió aun algunas palabras con Mr. Deroy, y luego se despidió de él dándole gracias en muy buenos términos por el interés que por sus vasallos tomaba. El profesor le respondió que en su retiro el cultivo de las flores era una de sus ocupaciones favoritas, y que su soberano podía estar tranquilo respecto á ellas.

Rosa escuchaba esta conversacion con una curiosidad llena de asombro, y apenas se hubo cerrado la verja cuando ya abrumaba con preguntas á su padre.

==«Mira, le dijo este, mira hallá bajo los fresnos: veo venir á una persona que te instruirá mejor que yo de lo que deseas saber.

Rosa se volvió con viveza: era Pedro Kepne, que daba cordialmente un apretón de manos al inválido.

Cuando el joven entró, después de un afectuoso cumplimiento de bienvenida, Mr. Deroy le dijo:

—«Pedro, aquí teneis á una señorita, que desea conocer la historia de vuestro amigo. Pero antes de satisfacer su curiosidad, dejadme que os cuente la ocasión que nos ha proporcionado la visita de Mr. Chabardeze».

Cuando Mr. Deroy hubo terminado, Pedro se volvió hácia Rosa, y así le dijo:

—¿No habeis oido nunca hablar del rey de las flores y de las mariposas? Sin embargo, vive en Jupille muchos años ha. Balbina debe conocerle, y vos misma es imposible que no le hayais encontrado, ya en vuestros paseos, ó ya al salir de la iglesia los domingos.

Chabardeze es un inválido francés. Ignoro qué circunstancias le han traído á esta aldea; todo lo que yo sé es que es muy estimado, y sobre todo muy querido de los niños, á los cuales manifiesta una especial benevolencia. Ha sufrido mucho, segun parece, porque á pesar de la rectitud de su juicio en las cosas comunes de la vida, sus facultades intelectuales se han resentido de sus largos y crueles pesares. Tiene una locura parcial originalísima cuanto poética.

—Ah! siempre es una desgracia.

—Sin duda, continuó el joven: en el orden comun de las cosas es siempre una desgracia. Pero Chabardeze no sufre ya, puesto que Dios ha permitido que su locura fuese un reflejo de la bondad de su alma. Su error es el mas dulce de cuantos pueden apoderarse de un espíritu enfermo: se cree rey de las flores y de las mariposas.

—Rey de las flores y de las mariposas? repitió lentamente la pensativa niña.

Parece, explicó Pedro, que antes de ser soldado Cha-

bardeze habia sido jardinero, y ha amado con tal pasion las flores, que ha acabado por persuadirse de que era el soberano de su imperio.

Vive actualmente de una pension que le dá no se quien y del producto de la venta de algunos canastillos, que labra con mucha destreza.»

Algunos dias despues de la visita hecha por el rey de las flores á la habitacion de los fresnos, Rosa fué invitada á ir á pasar el dia en casa de una de sus amigas, nuevamente llegada al país, y cuyo padre era un cuartel-maestre de guarnicion en Lieja.

Mr. Spée habia alquilado una linda propiedad cerca de Herstal, y habia instalado en ella, durante el verano, á su mujer y á su hija. Catalina y Rosa eran de la misma edad, y se amaban desde su mas tierna infancia; Habiendo sido Mr. Spée amigo de Mr. Deroy, las dos familias conservaban entre sí las mas afectuosas relaciones.

Balbina acompañó á su señorita, y á su vuelta fué saludada respetuosamente por el inválido; que se entretenia en mirar por entre la verja del bello jardin de Mr. Spée las magníficas flores, allí con profusion esparcidas.

Catalina no estaba en casa cuando Rosa fué á ella. Madame Spée, que se preparaba á dar una vuelta por las cercanías, quiso enviarla á buscar, pero la niña se opuso, y desembarazándose pronto de su chal y de su sombrero, corrió al jardin á reunirse con su amiga.

La señorita Spée era una linda niña, la mejor, la mas franca, la mas reidora criatura que fuese posible hallar. En aquel momento se ocupaba en perseguir las mariposas con una red en la mano. Ningun arriate respetaba para apoderarse de aquellos bellos insectos; saqueaba las flores todas, y sus manos, lastimadas por las espinas de las zarzas, y sus mejillas mas encarnadas que las rosas, y sus ojos mas brillantes que las perlas del rocío, atesti-

guaban suficientemente el ardor con que se entregaba á la caza.

No bien vió a su amiga, corrió hacia ella, y despues de haberla abrazado tierna y alegremente, le mostró dos magníficas mariposas que acababa de aprisionar. Las dos niñas se habian parado junto a la verja del jardín, y ocupadas en admirarlas, no repararon en el inválido, que las observaba con un aire singularmente inquieto.

=Ahora que has examinado los brillantes colores de sus alas, tú vas sin duda á devolverles la libertad, dijo Rosa.

=No por cierto, respondió Catalina; me ha costado mucho el cogerlas. Por otra parte, tú sabes que estoy formando colección, y estas son de una especie muy rara. Verás cuán rica soy ya.

=Pobres animalitos! dijo Rosa con compasion; no te envidio ese caudal.

=¿Pero, Rosa, replicó sonriendo Catalina, ¿qué sería del estudio de la entomología si todo el mundo pensara como tú?

Las dos jóvenes se alejaron, y Chabardeze, que habia escuchado su conversacion, se apresuró á ir á rodar al rededor de las ventanas del salon, que estaban á la altura de un hombre y daban á la calle, para instruirse de la suerte que se reservaba á sus dos súbditos prisioneros. Justamente las ventanas estaban abiertas, y su mirada pudo penetrar en el interior de la pieza. Un sudor frio inundó su frente al ver á la señorita Spée sacar de una caja un gran carton, sobre el cual estaban clavadas por la mitad del cuerpo muchas mariposas muy raras, tomar despues largos alfileres y examinar su punta, todo ello sin dejar de burlarse de la afecion de su amiga.

=Tú dirás lo que quieras, Catalina, replicó esta; hallo que es horroroso lo que vas á hacer. Concibo que se ma-

ten orugas, moscas, arañas....

—Todo lo que es feo, ¿no es así? interrumpió Catalina riendo.

—No, sino todo lo que es dañoso, continuó Rosa con dulzura. «La sola condición que impongo, es que se haga prontamente y sin hacer sufrir á estas pobres criaturas de Dios.»

Mientras con tanto calor hablaba esta, Catalina, continuaba sus preparativos. Cuando estuvieron terminados Rosa se cubrió con ámbas manos la cara, y su amiga tomando dos largos alfileres, atravesó de parte á parte el cuerpo de las mariposas, y clavó aquellos en el carton destinado á recibirlos.

En el mismo punto un grito de dolor se oyó en la calle. Rosa se precipitó á la ventana, pero á nadie vió volviéndose á buscar á Catalina, si bien apartando sus ojos del espectáculo que en el momento ofrecian las desgraciadas mariposas, en las cuales poco á poco se fué apagando el batido de sus alas y el estremecimiento de sus cuerpos. Su agonía no fué larga, pero relativamente habian sufrido un siglo entero, no viviendo mas que un dia.

De repente la puerta se abre con estrépito. Un hombre, con ojos centellantes, con las facciones descompuestas, se arroja al salon: era Chabardeze.

—¿Quién te ha autorizado, exclama con voz de trueno, para torturar así á mis pobres súbditos?

Estaba espantoso en su exasperacion. Jamás su dulce fisonomía habia expresado tan terrible cólera. Catalina hizo estremecer el salon con sus gritos. Acudieron los criados y se apoderaron del inválido, cuyo furor no se expresaba ya sino por un estremecimiento nervioso y por una lívida palidéz. Dejóse prender sin resistencia alguna.

Mr. Spée mandó que lo condujesen á Lieja para, ser encerrado en la cárcel, mientras, lo juzgaba el tribunal.

correccional. Cuando Rosa, que habia permanecido muda y trémula en un rincon, oyó esta órden, rompió en llanto, suplicando á Mr. Spée que perdonase á Chabardeze.

==No lo sabeis todo, dijo, porque ha poco que estais en este país. Este es el rey de las flores, y de las mariposas, y ha querido defender la vida de sus súbditos ¡Es aquí tan amado, es tan inofensivo! Jamás ha cometido un exceso como éste. Vais á entristecer á todo el lugar. Catalina, ruega tambien á tu buen padre que le perdone.

Mr. Spée, siempre irritado, sacudia la cabeza con aire de incredulidad; pero Catalina se unió á su amiga.

==Mi buen padre, decia entre risa y llanto, no quisiera por cuanto hay en el mundo tener que echarme en cara semejante desgracia. En suma, yo no he echo mas que asustarme un poco, no vale la pena de ocuparse mas de ello. Si quieres darme gusto, vuelve al momento la libertad á Mr. Chabardeze.

==Sin embargo, seria bueno que este hombre recibiese una leccion para en adelante, dijo Mr. Spée. evidentemente suavizado. No puede permitirse que se introduzca en las casas de los habitantes para hacerlos víctimas de sus quimeras.

==Pues bien, padre, replicó Catalina, halle en tí gracia por esta vez, y si reincide, te prometo que no intercederemos mas por él. ¿No es verdad, Rosa?

Esta, con el rostro bañado en lágrimas, se apoderó de una mano de Mr. Spée, Catalina le asió de la otra; ámbas le abrazaron, él dió un beso á cada una, y la gracia del inválido quedó concedida.

Dióse la órden, de soltarle, lo cual fué una verdadera fiesta para las dos amigas, y cuando Madame Spée volvió á su casa, la halló llena de alegría. Refiriósele cuan-

to durante su corta ausencia habia acontecido, y pareció vivamente satisfecha de que no se hubiese usado de mayor rigor respecto al pobre inválido. Rosa entonces contó cuanto sabia de la tranquila locura de aquel hombre, y con eso logró interesar por él á toda la familia. Mr. Spée, contento por haber contentado á todos, refirió muchos casos curiosos de locura, y la tarde se pasó alegremente hasta la hora en que, todos juntos, tomaron el camino de los Fresnos para llevar á Rosa á la casa de su padre.

No bien el inválido se vió libre, volvió á su casa y no salió de ella en todo el dia.

Al siguiente, Chabardeze, vestido de uniforme, subió á la casa de los Fresnos. Llegado que hubo á ella, hizo pedir, por medio de Balbina, una audiencia particular á Mr. Deroy. Este, sorprendido de aquel ceremonial inusitado, recibió al inválido en la sala principal.

—Monsieur Deroy, dijo el antiguo soldado, vengo á daros parte de un acontecimiento de la mayor importancia, y que particularmente os concierne.

—¿Y qué es? dijo con inquietud el profesor.

—Vengo á anunciaros, añadió solemnemente Chabardeze, que con la aprobacion de mis grandes dignatarios y de todos los miembros de la órden fundada por mí, la señorita Rosa Deroy vuestra hija, ha sido asociada á mi imperio, y le traigo en esta canastilla la corona de reyna de las flores y de las mariposas.

Gran trabajo costó á Mr. Deroy contener la risa al oír semejante declaracion. Esforzóse sin embargo, comprendiendo que lo acaecido en casa de Mr. Spée, dando una violenta sacudida al enfermo cerebro del pobre soldado, debia naturalmente provocar un acceso de mayor duracion. Habria sido, por tanto, poco caritativo el no seguirle la corriente, y díjole con la mayor naturalidad

que estaba reconocido á la alta honra que á su hija se hacia, si bien deseaba saber cómo habia podido merecer su elevacion á aquella dignidad suprema.

Contó entonces el inválido cuanto ya se sabe; solo que le dió algunos pormenores que Rosa habia omitido, y que probaban la eficacísima parte por ella tomada en todo lo acaecido. El buen profesor escuchó con el mas vivo interés este relato.

Pero, díjole al concluirlo, presentando y Chabardeze abierta su caja de tabaco, ¿qué dirá la reyna de Flora de semejante asurpacion? ¿Consentirá en abdicar su centro?

—Flora, replicó Chabardeze con aire de desdén, no sirve para descalzar á Rosa. Váyase pues á remendar los calzones de su viejo Céforo.

Esta vez Mr. Deroy tuvo que morderse los labios para contener la risa.

—Bien, muy bien, le dijo al cabo. ¿Quereis dar una vuelta por mi jardin? En él hallaremos á Rosa y podreis hacerle homenaje de vuestra hermosa corona.

El inválido tomó la canastilla, y siguió á Mr. Deroy.

Rosa tenia tal lástima á Chabardeze, que recibió su presente y el anuncio de su exaltacion al imperio de las flores con una gracia y una compasiva bondad completamente exenta de toda burla. En verdad sus lindos ojos mas bien tenian ganas de llorar que de reir al mirar al inválido, y al escuchar sus palabras, tan profundamente acribadas con el sello del desarreglo de su mente.

Mr. Deroy, maravillado del saber que desplegó el inválido en el cultivo de las flores, le invitó que viniese con frecuencia á visitar su jardin, y sobre todo le rogó que le diese de proporcionarle un jardinero inteligente que dirigiese sus pequeños plantíos.

—Si me quereis dijo Chabardeze, tendria un placer

en seros útil en tal calidad; pero con la condicion de que no me hableis de salario, y de que me dejareis tiempo para labrar mis cestos

==Pero yo no puedo permitir... se apresuró contestar á Mr. Deroy.

==La dicha de vivir bajo el mismo techo que la reina de las flores interrumpió con viveza Chabardeze, será una remuneracion mas que suficiente del trabajo que tenga que hacer en vuestra casa.

==Antes de comprometernos, pensad por algunos dias en la proposicion que me haceis, señor Chabardeze. Si gustais, volveremos á hablar del asunto de aquí á ocho dias.

El inválido consintió, y Mr. Deroy se tomó este tiempo para censultar á Pedro Kepenne, á fin de saber ante todo si la presencia de aquél en la casa no pudiera acaso dar origen á embarazos ó á peligros.



II.

Cuatro años despues de estos acaecimientos hallamos al inválido instalado en la casa de los Fresnos. No es solo el jardinero, es el amigo de la familia.

En cuanto á nuestra pequeña reina de las flores, que frisa ya en los diez y siete años, todos en la aldea de Jupille, excepto las demás jóvenes solteras, se complacen en darle el nombre con que la ha condecorado Chabardeze. ¡Y qué bien que lo lleva! Nunca mas gracioso capullo se abrió para sonreir al cielo. Ella es linda, ella es el alma, ella es la luz de la casa, por que nadie como ella sabe dar á todos la dicha que de ellos recibe.

Ella, además de consagrarse á los cuidados de la casa, posée una instruccion sólida que debe á su padre; pero ningun arte de agrado, escepto lo poco de dibujo que le enseñó Pedro.

En invierno los dos amigos salen juntos antes de cenar para dar un paseo por el campo, con el objeto, segun ellos dicen, de hacer apetito.

Cuando vuelven de su paseo, hallan un buen fuego preparado por Rosa. Sus chinelas, en tanto, se calientan suavemente á alguna distancia de la lumbre, y los dos sillones están colocados á un lado y otro de la chimenea. Llegan; Rosa les sirve el té, huevos duros, y tostadas con manteca polvoreadas con queso de Holanda rallado, que es lo que constituye su cena. Terminada esta arrima una mesita á su padre para que apoye el codo, y le presenta su periódico y su pipa. Si escoje esta última, Rosa es la que lee los artículos que pueden interesarle. Si, por el contrario, escoje el periódico, ella se sienta alegremente junto á una mesa á repasar la ropa; pero en uno y otro caso ofrece tambien al inválido su pipa favorita y su bote enchido de tabaco.

En verano Rosa servía la cena bajo los clemátides del jardin. Allí es ella tambien quien alegra á los dos amigos con su festiva charla, sus dulces canciones, ó con la atencion que presta á sus relatos. ¡Es cosa tan rara el escuchar bien!

Y además, con frecuencia Catalina Spée, con otras jóvenes solia venir á visitarla.

—Los antiguos discípulos acostumbraban tambien visitar de vez en cuando á su *maestro*, que era el nombre que con acento cordial se continuaba dando, despues de muchos años á Mr. Deroy.

Pedro sobre todo, el discípulo predilecto, Pedro iba con frecuencia á pasar algunas horas con él, teniendo á honor y recibiendo placer en ser batido al ajedrez por su querido maestro, lo que era de grande alegría para el viejo profesor; *y así era como la vida se deslizaba tranquila y feliz en aquella casa.*

Pero Rosa no era solo una buena mujer de gobierno, una hija tierna y previsora, una amiga atenta, no sabia solo reir y cantar; ella conocia tambien el camino de

todas las cabañas visitadas por la enfermedad ó la pobreza. Todos los desgraciados la bendecian, todos los niños corrían á su encuentro para hacerle fiestas; todos sin excepcion, la amaban porque ella tenia dotes para hacerse amar de todos.

¿Como aquel viejo profesor, aquella vieja criada, y hasta cierto punto tambien aquel viejo soldado pudieron los tres llevar á cabo una educacion tan perfecta? ¡Ay! aquella verdad eterna de que nada hay perfecto en el mundo tiene que recibir aquí una nueva aplicacion. Me veo forzado á ser verídico, y devo confesar, bien á pesar mio, que sobre la superficie de este retrato encantador que he trazado se esparcía cierta sombra. Esta sombra hubiera podido hacerla desaparecer la prudente direccion de una madre; pero ¿que mas podia hacer el viejo inválido, la vieja criada y el viejo profesor?

Rosa era coqueta. Habia resultado de aquel entusiasmo de admiracion de que era constante objeto, el que Rosa tomase muy por lo serio su título y su corona de reina de las flores.

Ella exigía todos los omenages y los recibia con indiferencia;—ella se complacia en probar el poder de su gracia y de su belleza, y no se cuidaba despues de las impresiones que abia hecho nacer; ella no pensaba sino en el placer de verse alabada, admirada, y desgraciadamente para ella, de todas partes recibia admiracion y alabanza.

Si su madre hubiese vivido, le abria dicho: Hija mia, esos atractivos que posees son un presente de Dios, porque tú no has podido darte á tí esa graciosa sonrisa, esa dulce voz, esos ojos llenos de encanto y de alegria.

Todas esas cosas las has recibido de un ser que merece todo tu amor, toda tu adoracion. No te embanezcas, y guárdate de jugar con las jóvenes y sinceras pasiones que hayas aspirado,

Pero Rosa no tenía madre que pudiese hablarle así, y su coquetería, no estando sujeta por la severidad ni por la ternura, concluyó por hacerse en ella una segunda naturaleza.

Por muy inocente que en Rosa fuese este sentimiento, si es que la coquetería puede ser alguna vez inocente, es el caso que alejó de ella á todas sus compañeras. Fuera de Catalina Spée, todas las demás la miraban con envidia y con celos, y todas, cuando estaba ella delante, seguían con inquietud la dirección de los ojos de sus novios.

Se la temía, se evitaba su presencia, ya no se la amaba. En bano sus grandes ojos pardos se dirigían con inefable dulzura hácia sus jóvenes amigas, aquellos ojos no encontraban casi nunca sino una mirada forzada y fría.

Rosa se afligía de ver este cambio, de que no se daba cuenta.

Pedro, el censor, como alguna vez llamaba al que fué su maestro de dibujo. Pedro no estaba allí para iluminar su razón.

Y casi no se le veía en los Fresnos. Obligado á ir á Lieja todos los días, ya no hacía sino de vez en cuando, y eso los domingos solamente, una corta visita á sus amigos; sus tareas absorbían todo su tiempo.

Voy á citar dos ejemplos de la manera con que Rosa procedía con los jóvenes que solicitaban su mano. Ellos nos harán ver que para una tan cumplida señorita, la conducta de Rosa Deroy nada tuvo de edificante.

Se trata de dos grandes dignatarios del orden de las flores.

Los Sres, Arnold, baron de Hanss, y Miguel Leonis, teniendo la desgracia de creerse animados por nuestra coquetilla se abían lanzado á presentarse como pretendientes suyos.

Arnold de Hanss no dependía sino de si mismo, era un buen muchacho, al decir de las gentes que estiman sobre

todas las cosas el triple talento del deber, de andar en camorras y de ser un verde galan. Tenia caudal, un título del que apenas se cuidaba, y una opinion de si mismo tan superior, que acostumbraba decir riéndose que, cuando quisiera casarse no tendria mas que arrojar al aire su pañuelo para que todas las jóvenes de treinta leguas á la redonda se lanzasen á recogerlo. Por esta manera de juzgar se comprenderá que todo lo que el baron de Hanss pudiera tener de franqueza y de buen humor en su carácter, se ahogaba en un Océano de vanidades.

A Rosa no gustaba de Arnold. Sus maneras, ora libres, ora reservadas, altivas ó corteses, su entendimiento cultivado, pero trivial, su aire á la vez aristocrático y descuidado, le desagradaban soberanamente.

Sabia además que se habia vanagloriado de ser antes de poco el rey de la Rosa de los Frenos, y ansiaba castigarlo por unas expresiones que su amabilidad hacia el joven, ayudada del excesivo amor propio de este, le habian quizá dado cierto derecho á formular.

Sea lo que quiera, cuando ella supo que Arnold tenia permiso de su padre para venir á hablarla de sus deseos de una union próxima, cuidó de ponerse, por decirlo así sobre las armas el dia señalado para aquella entrevista, es decir, que se vistió y adornó de aquella manera á la vez sencilla y encantadora, cuyo secreto tambien poseía.

Con su trage de guinga rosa, ligera tela que entonces se usaba mucho, su delantal de seda verde mirto, y sus hermosos cabellos, de un negro deslumbrador, enrollados sin pretension aparente en torno de su cabeza, tenia toda la traza de ser la rosa mas linda que pudiera verse. Solo que sus ojos chispeaban de malicia, una especie de burlona sonrisa arqueaba sus rojos labios, al mismo tiempo que un absoluto desdén se marcaba en el movimiento de las delgadas alas de su nariz finamente modelada.

Rosa esperaba á su noble pretendiente en la sala, teniendo al lado suyo su cotorra, á la que habia llevado allí para que la acompañase. Cuando distinguió en la escalera el paso fuerte de Arnold, hizo como que estaba muy ocupada con un dibujo cuyo bosquejo parecia principiar, y solo cuando el jóven se paró cerca de su silla fué cuando tubo á bien el volverse, y contestar graciosamente al saludo que él le habia dirigido con cierto embarazo.

Arnold encantado de una acogida, con la cual por otra parte habia contado plenamente, tomó, antes de que se le invitase, una silla que colocó en frente de la jóven. Las negras cejas de Rosa se fruncieron un instante; aquello fué un relámpago y enseguida se puso á acariciar su cotorra, dejando á Arnold el cuidado de comenzar la conversacion.

==¿Le gustan á V. esas aves, señorita Rosa? le dijo mirándole con aire desahogado y seguro de si mismo, aunque su corazon palpitaba con fuerza.

==Me gusta esta, respndio Rosa. por que ha pertenecido á mi madre.

Hallado ya un objeto, un motivo cualquiera de conversacion, continuó esta apròximándose á su verdadero fin, puesto que uno y otro de los interlocutores, aunque con distinto propósito, querian conducirla á un mismo punto.

Al cabo el baron aventuró el siguiente exabrupto.

==Rosa ¿os agradaría el llegar á ser una gran señora?

==¿Porque me haceis semejante pregunta? dijo Rosa, poniendo el lápiz sobre la mesa, y dejando centellear su mirada en los ojos del jóven.

==Porque, tartamudeó este; porque me tendría por muy feliz si pudiese poner á vuestros pies mi baronía y mi corazon.

En fin, se dijo para sí Rosa, ya llegó el momento.

==Me parece, replicó ella con aire inocente, que para ser gran señora no tengo ninguna necesidad ni de vuestro título ni de vuestro corazon.

—Ah, exclamó sonriendo Arnold, ¿haceis alusion del imperio de las flores cuya corona llevais?

—El emperador Carlo Magno, respondió la jóven con la mayor seriedad, por motivos que mi padre os dirá mejor que yo, ennobleció á los naturales de Lieja, bien así como á sus descendientes.

—¿Que quiere decir eso? Rosa replicó Arnold con ansiedad.

—Ahora bien, continuó la jóven sin hacer alto en la interrupcion, yo soy de Lieja, señor baron de Hanss, y por mi parte estoy resuelta á no entrar jamás sino en una familia cuyo linage sea absolutamente igual al mio.

Dichas estas palabras, se levantó, hizo un saludo á Arnold, y salió de la sala con la dignidad que pudiera la misma reina Bertá.

El baron de Hanss, que era de Maestricht, sintió la saeta, que con los antiguos Partos, le habia lanzado la jóven al retirarse. Habíanse trocado los papeles: él creyó, que al volver de los Frenos, habria podido decir como César, llegué, vi, y vencí; por el contrario, se hallaba derrotado, humillado, y confundido.

—Bien jugado, reina Rosa, se dijo á sí propio siguiendo con los ojos á la coquetilla; no volveré á caer otra vez en la tentacion de haceros el amor por lo sério. Me habeis arañado un poco el corazon con vuestras lindas espinitas, pero espero que no me harán mucha sangre. ¿Quien sabe por otra parte si en rigor debo alegrarme del resultado en vez de sentirlo? Sois bastante bella, y yo haría un triste marido! Hecha esta reflexion filosófica, Arnold se levantó, y bajó á la gran calle de árboles para despedirse de Mr. Derooy, que, mientras fumaba su pipa, pasaba revista á las riquezas de su jardin.

No hay que escandalizarse de la gran libertad que aquí se deja á una jóven para despedir ó para aceptar por sí

misma á sus pretendientes. Estamos en Bélgica y en este país, como en otros muchos, las relaciones entre los jóvenes de uno y otro sexo están mucho menos restringidas que en París ¿Es esto un mal ó es un bien? La cuestion no es esa; yo no hago mas que consignar un hecho con el cual, y teniendo en cuenta las especiales condiciones sociales en que se hallaba Rosa, no hay que estrañar esa conversacion reservada de que hemos hecho mérito.

El domingo siguiente tocóle el turno á Miguel Leonis.

Para esta audiencia se habia echo vestir todo de nuevo; y el embarazo que los tales vestidos le hacian experimentar no podia menos de darle un aire mas desmañado y torpe que de costumbre.

Miguel poseia un buen caudal; y tambien una invencible timidéz que le perjudicaba considerablemente; faltábale sobre todo, elegancia y chispa; pero en cambio tenia un buen sentido incontestable, gran decision de caracter y excelente corazon. Sus facciones, por otra parte, no eran desagradables, pero su aire era poco distinguido. Rosa habria sido muy feliz con esposo como él; su padre lo conocia así; y acogia favorablemente las pretensiones de Miguel no dándole, sin embargo, una esperanza que él mismo estaba lejos de abrigar.

Rosa se allaba en la cocina, donde ayudaba á Balbina á preparar la comida, cuando Mr. Deroy, le envió á Miguel. Las mangas de nuestra hacendosa niña, recojidas y sujetas por un alfiler, dejaban apercibir sus brazos redondos y de deslumbrante blancura. Digamos de paso, para hacer justicia á Rosa, que jamás los descubria sino en ocasiones semejantes. Un amplio delantal de cotonía preservada de cualquier accidente la pureza de su trage. Cuando Miguel entró, ella iba y venía de acá para allá en la basta y pulcra cocina, destrozando, mondando, arreglando en fin los platos.

Rosa ofreció á Miguel una de esas sillas de madera blanca de que hemos hablado. Miguel tomó asiento, teniendo á gran dicha el poder mirarla á su placer, el que Mr. Deroy hubiese autorizado para hablarla de union y de amor.

Con el objeto de animarse para entablar la conversacion. el jóven comenzó por hablarla de la cosecha que se cogería para el otoño, de la belleza de los tulipanes de su profesor, de los cuidados especiales que Chabardeze consagraba al jardin de Rosa, de todo en fin, excepto de lo que tanto le intere saba.

La maligna jóven le observaba de reojo, y cada vez que le parecia á Miguel que por fin iba á poder abordar la cuestion, Rosa de propósito fingia tener necesidad de tomar alguna cosa que estuviese muy cerca á él.

Entonces el perfume de sus cabellos, el roce de su vestido, el brillo de sus lindos y blancos brazos, de sus rosados labios, le fascinaban hasta tal punto que le faltaban las palabras y su corazon desfallecia dentro de sa pecho.

¡Que diferencia entre este bueno y lindo jóven y el fatuo baron de Hanss! y sin embargo los resultados son los mismos: ámbos estaban magnetizados por la voluntad de una niña. Rosa conocia su poder y abusaba de él.

Miguel, en tanto, se hacia á si mismo las mas tristes reflexiones. ¡Qué estúpido debo parecerle (decia) y cuanto debe burlarse de mí allá en sus adentros! porque, en fin, ella conoce el objeto de mi visita. ¿Porqué no me ayuda algo á salir de esta embarazosa posicion? ¡Le sería tan fácil dirigirme una ó dos palabras que me animasen! y así pensando, Miguel desorientado, no pudo contener un gran suspiro.

==¿Qué teneis le preguntó Rosa con un semblante de interés capáz de volver loco á cualquiera.==El iba á hablarla, iba á decirla cuanto la amaba, cuan feliz lo haria consintiendo en ser su esposa, cuando Rosa se paró delante

de él, y apoyándose en una mesita que estaba al lado del jóven, fijó en sus ojos su penetrante mirada, á la vez sonriendo y repitiendo su pregunta.

¡Oh! aquella mirada, aquella sonrisa, detuvieron nuevamente en los lábios del pobre enamorado la declaracion que estaba á punto de hacerles, y al gracioso desafío á que así se le provocaba se contentó con responder:

—Es que tengo hambre señorita.

—¿No es mas que eso dijo Rosa riéndose, pues bien vamos á comer. Creo que papà os ha invitado, ¿no es así Mr. Miguel? Antes de un cuarto de hora se servirá la comida; es el tiempo que necesito para reparar un poco el desórden de mi trage y de mi peinado para poderme sentar á la mesa. Dispensadme, dentro de un instante vuelvo. Y la jóven se alejó á todo correr.

Miguel fué á buscar á su excelente y anciano profesor para despedirse de él.

—¿Y bien, le dijo este con amistad has hablado?

Miguel movió la cabeza.

—Te quedas á comer, ¿no es eso? Es cosa convenida; dijo el viejo maestro, compadecido del aspecto del abatimiento del jóven.

—No, no, mi querido profesor, os dejo; me causaría demasiada pena el volver á ver hoy á Rosa. No me quiere.

¿Te lo ha dicho ella?

—No, pero me lo ha hecho comprender. Si su corazon hubiese estado de acuerdo con el mio, pronto nos habríamos entendido; pero lejos de eso, Rosa ha evitado toda explicacion. No la culpo, por ello ni le guardo rencor.

Miguel se hallaba muy conmovido. Su profesor le estrechó la mano y le dejó partir. Cuando volvió á su casa y trajo á la memoria su conversacion con Rosa, no pudo reprimir un movimiento de indignacion y de cólera, y maldijo á la jóven coqueta, que se había propuesto cerrarle

la boca cuantas veces su corazón se desbordaba de amor y de esperanza.

—Sufiré, decía, poniendo sus cerrados puños sobre sus ojos para impedir que brotasen sus lágrimas; sufriré pero yo me curaré. Procuraré llevar á otra parte un corazón que quizá no será siempre desdeñado; y esto lo haré lo mas pronto posible, para que no tenga esa suprema vanidad de las coquetas, la de creer que me ha desesperado.

Mr. Deroy se alegraba de estas cosas en el fondo de su corazón. Ciertamente no quería impedir á su hija el que se casase; pero en verdad, segun él, ninguna prisa corría. Se le oprimia el alma al pensar que aquella niña, á la que habia criado con tanto esmero y tanto cariño, habria de verse obligado á entregarla un día á un extraño que quizá la llevase lejos de él y que en todo caso tendria que ocupar un lugar secundario en aquel corazón que ahora le pertenecía todo entero.

Poco tiempo despues corrió Jupille y en Herstal la voz de que Miguel Leonis iba á casarse con la linda Catalina Spec, la amiga de Rosa.

En efecto, esta jóven vino un dia muy conmovida y risueña á hacer una visita á la reina de las flores, y arrojándose en sus brazos la dijo:

—¿No es cierto que no te dá pena el que me case con él?

—No, le respondió Rosa abrazándola afectuosamente, porque no podría desearte marido mejor.

Me ha confesado, dijo Catalina con buen humor, que no me amaba todavía, pero que estaba seguro de amarme muy pronto. Le he respondido que se despachase si no quería que yo lo hiciese antes que él. Yo ya sabia que me habia pedido á mi padre. Entonces él me ha dicho: No haya miedo de que vos os adelantéis á mí. Fuimos á pedir á mi padre que fijase el dia de nuestra union. ¡Que bien has he-

cho con dejármelo, Rosa! ¡Tienes tantos otros que te aman!

—¿Y acaso te faltan á ti?

—Es que ninguno me agrada tanto como él, replicó Catalina ruborizándose un poco.

Hablando de esta suerte las dos jóvenes bajaron al jardín, donde Catalina recibió las felicitaciones bien sinceras del padre de Rosa con motivo de su próximo enlace.

Dos meses despues Miguel y Catalina se casaron, y Rosa los acompañó al altar. Gran motivo fué este de admiracion y de conjeturas para las otras jóvenes solteras. No es posible, decian, que *ella* (Rosa) no sienta el partido que perdió y por mas que afecte indiferencia y amistad, en el fondo de su alma no debe querer bien á Catalina por haberle quitado ese nóvio.

La Rosa de los fresnos, decian otras, tiene todo el aire de estar contentísima de la dicha de su amiga: no puede disimularse el despecho con mas habilidad que lo hace ella.



III.

Mucho tiempo hacía que no se había visto á Pedro en los Fresnos, cuando de improviso vino á hacer à su profesor una visita de despedida.

Deseaba, segun dijo, proporcionarse un último dia de felicidad antes de partir para Bruselas. Su ausencia debia durar seis meses poco mas ó menos. Iba á asistir á los ensayos de su primera ópera, y experimentaba grande ansiedad respecto al éxito de su obra de la que dependia todo su porvenir. Sabemos que Pedro era pobre, y que no podia esperar largo tiempo el resultado de sus trabajos. Para él era cuestion de vida ó muerte. Su situacion, como se ve, era grave.

No se le ocultaban al jóven estas dificultades, y, para distraerle un instante en sus preocupaciones, Mr. Derooy le propuso un paseo á las orillas del Mosa mientras llegaba la hora de la cena, de cuyos preparativos se habia encargado Rosa.

Pedro aceptó. El inválido, que conocia á fondo todas

las leyendas del país, ofreció contarlas sobre el terreno mismo á la reina de las flores, y partieron todos alegremente para no volver hasta la hora de sentarse á la mesa.

El viejo soldado cumplió su palabra. Condujo á Mr. Deroy y á ámbos jóvenes en medio de las pintorescas ruinas de que están sembradas las inmediaciones de Jupille y de Herstal, y le contó su historia popular.

Todas las leyendas agradaban al inválido, cuya imaginación poética despertaba con entusiasmo el recuerdo de lo pasado.

Mientras que ambos ancianos se estasiaban en sus propias impresiones, prestemos oídos á la conversacion que á media voz llevaban los jóvenes.

—Creo que hablan de poesía, dijo Rosa adelantándose bajo los sauces que sombrean las orillas del Mosa. Escuchémos.

Diciendo esto miraba á Pedro con cierto aire de triunfo que le sentaba á las mil maravillas. Habia puesto en juego todos los recursos de su ingenio para distraer al joven de sus reflexiones y lo conseguia en efecto. Así pues; con una sonrisa en que tomaban parte sus labios y sus ojos, le dijo:

— Vos tambien sois poeta, Pedro, porque ¿qué no sois vos? Antes de partir para Bruselas escribidme algunos versos para mi álbun.

—¿A propósito de qué?

Rosa miró al joven compositor con sorpresa. ¿Deberia hacerse semejante pregunta, manifestar embarazo tal cuando se trataba de unos versos pedidos por una joven y linda niña, que llevaba el título de reina de las flores!

Tomó entonces de su pecho una rosa que habia cogido sobre un zarzal, y, despues de haber aspirado su leve perfume, se puso á deshojarla distraidamente. Una de las

hojas, dispersas por el soplo del viento, fué á caer en medio del río, revoloteó algún tiempo en la superficie, y después fué arrastrada por la corriente.

Rosa habia seguido con los ojos las evoluciones de la hoja, cuando la vio deslizarse sobre las aguas batió las manos, y volviéndose al jóven le dijo: «Mirad, Pedro el leve barquichuelo de hadas que boga sobre ese resplandeciente cristal. Ved aquí un motivo para vuestros versos,» y sin duda añadió mentalmente : «Sería preciso que tuviérais muy poca imaginacion si no halláseis medio de deslizarse en ellos algo de lisongero para mí.» Pedro se inclinó. Si alguno hubiese observado en aquel instante su bella y franca figura, habria sorprendido en sus labios una sonrisa de felicidad reprimida instantáneamente.

Rosa, ocupada en seguir el curso de su diminuto barquichuelo, no se apercibió de esta sonrisa.

Al siguiente dia nuestro jóven compositor vino á despedirse definitivamente, puesto que habia de partir al dia inmediato. Al volver á su casa habia recibido cartas que le forzaban á no demorar mas su viaje.

Mr. Deroy y el buen inválido le animaban con el mayor afecto. Ambos creian que el éxito habia de ser felicísimo.

Pedro parecia no participar de tan buenas esperanzas, pero no desesperaba sin embargo. Rosa nada decia. Trabajaba junto á la mesa, y su rostro estaba tan aproximado á su labor, que casi no se percibia.

Ni una sola vez levantó la cabeza durante la visita, y cuando Pedro llegó á decirla, colocando sobre sus rodillas un papel doblado: «¿Y Vos, Rosa, pensais tambien que mi ópera alcanzará éxito», pudo creer que el trabajo inmenso de la jóven le habia cansado mucho los ojos, porque estaban muy enrojecidos, y su voz alterada cuando le respondió:

—Rogaré á Dios porque así sea.

En cuanto al papel, que contenia sin duda los exigidos versos, lo tomó friamente y lo colocó en una canastilla, sin abrirlo y sin parecer que pensaba en ellos.

En el momento de la despedida, Pedro abrazó á todos, hasta á Balbina. En cuanto á Rosa, sus mejillas estaban ardientes y una silenciosa lágrima corrió por ellas; pero la jóven retiró su mano de la de Pedro sin haberla estrechado, como él lo habia hecho.

Pedro la miró conmovido. ¿Sufria él ó nó por esta mezcla de afecto y de indiferencia? Eso es lo que no podemos decir.

Cuando partió Pedro, Rosa tomó su canastilla de labor y subió inmediatamente á su cuarto. Tomó el papel; su mano temblaba al desdoblarlo. ¡Cuan lejos estaba en aquel momento de la desdeñosa indiferencia que habia mostrado al recibirlo!

Eran en efecto los esperados versos. Al llegar al último de ellos el papel cayó de las manos de Rosa.

¿Qué significaban estos versos? No contenian ni una sola alabanza de su hermosura, ni una sola de las alusiones conque ella habia contado.

¿Podía un jóven sin mostrar marcado desdén hácia una mujer, hacerle versos sin poner en ellos un cumplimiento delicado, ya que nó una amorosa declaracion?

Pedro era ciertamente un estúpido, á pesar del talento que le concedian su padre y Chabardeze, jueces ámbos cegados por la amistad. Cualquiera otro que no hubiese sido Pedro habria sacado de seguro un gran partido de la excelente ocasion que ella le habia proporcionado.

—Pero (murmuró Rosa) si no tiene nada que decir qué le importa el permiso de cantar?

¡Ah! os burlais de mí, señor Pedro! está bien.

Despues de esta amenazadora exclamacion, Rosa se acostó; pero antes de domirse arregló en su cabeza todo un

pequeño plan de venganza, y solo cuando lo creyó ya madurado fué cuando se entregó al sueño.

Soñó sin duda que Pedro estaba perdidamente enamorado de ella, y que ella se divertía en desesperarle, porque al despertar, y no obstante el insomnio de las primeras horas de la noche, apareció en todo su acostumbrado brillo.

Era el primer día de Mayo. El sol, á ejemplo de Rosa se levantó radiante y desplegó todas sus magnificencias. Las muchachas de los pueblos inmediatos debían reunirse al despuntar el alba para ir á átar el junco en las praderas, y nuestra coquetilla, que no podía ir con ellas, quiso sin embargo, á ejemplo de ellas, ir á consultar el oráculo del primero de Mayo. Fuese pues al amanecer al fondo del lindo vergel que se extendía detrás de la casa, y allí buscó bajo los espesos zarzales, una mancha de césped al que no le faltase ni abrigo ni frescura. Tomó tres matas, y ató á cada una de ellas una hebrita de seda de diferente color.

El negro era el color del celibato; el encarnado el enamorado desconocido, y el verde, emblema de las esperanzas secretas, era el color que mostraba al preferido del corazón.

¿En quien pensó Rosa al atar la hebra verde? Trabajo nos costaría decirlo.

Sea lo que quiera, ello fué que cortó las tres matas á igual altura, observó bien el sitio, y se propuso no olvidar, despues de tres dias de espera, el venir á buscar la respuesta del oráculo.

Sea lo que quiera, ello fué que cortó las tres matas á igual altura, observó bien el sitio, y se propuso no olvidar, despues de tres dias de eepera, el venir á buscar la respuesta del oráculo.

La yerbecilla que hubiese sobrepujado á las otras en este corto espacio de tiempo, debía anunciarla su destino.

Al volver á su casa, Rosa se apresuró á desayunarse y

á entregarse á sus habituales ocupaciones; despues vistiéndose con sencillez, tomó en su brazo un cesto, dió los buenos dias á su padre, al inválido y á Balbina, y bajó rápidamente la senda de la colina.

En poco tiempo llegó á la puerta de una pobre cabaña, en la que sin duda se la esperaba, porque la puerta estaba entornada, y cuando hubo entrado, una anciana, sentada en una silla baja junto al rincon de la chimenea, dió un gemido, y le dijo con tono lastimero y acento alsaciano muy pronunciado:

=Dios os bendiga, señorita! no sé porqué, pero me temia no veres hoy.

=¡Cómo! Lisbeth, respondió Rosa, desembarazándose de su chal y de su sombrero. «Mientras no pasen los nueve dias, podeis estar segura de que no dejaré de venir á las horas convenidas».

Al hablar así levantaba con precaucion la blanca cortina de una cunita de mimbres, y arrojando una mirada llena de tierna solicitud sobre un niño recién nacido y muy bello, el cual dormia profundamente, dijo á media voz:

=No puede tardar en despertarse; ¿su leche está aquí?

La anciana levantó su mano para indicarle una taza colocada sobre la chimenea. Rosa la tomó, vertió su contenido en una cafetera pequeña de porcelana azul, y despues, desenterrando del hogar algunas brasas, colocó aquella de modo que poco á poco se entibiase la leche. Despues se apresuró á sacar de su cesto mantillas de envoltura muy blancas, una papalina, y todo en fin lo necesario para poder vestir con limpieza y abrigo á la criatura.

Mientras se hacían estos preparativos, Lisbeth, sin moverse de su ricon, exalaba por intervalos gemidos que partian el corazon. Cuando Rosa acabó, se aproximó á la anciana y le dijo con acento compasivo:

=Y bien, Lisbeth, por lo que veo sufrís siempre.

¿Esos dolores no os quieren dejar?

—Bendígaos Dios, mi querida señorita: hoy estoy mucho mejor: por eso he permitido á Naneta el que baya á atar el junco, con sus compañeras, pero mi corazón permanece enfermo, y eso es lo que impide que mis piernas se muevan.

—Pobre Lisbeth: y sin embargo, es menester que traéis de distraeros; nuestro pequeño Luis tiene necesidad de vuestra salud. No os pido que olvidéis. Dicen que á una madre le es imposible el olvidar á sus hijos, pero importa que no os dejéis abatir por la pena. ¿No os acordáis de los consejos que os dirigia el señor cura? es preciso que los sigais.

—Que Dios os bendiga, dijo la anciana llorando: señorita: si no fuera por ese niño yo no habria sobrevivido á mi querida hija; si no la he seguido en la muerte, es porque de seguro en el otro mundo ella me habria echado en cara el haber abandonado á su hijo.

En este momento el pequeño Luis se agitó en su cuna e hizo oír algunos gemidos. Rosa corrió á él; el niño, al verla, cesó de llorar, y á sus rosados labios asomó una fresca sonrisa.

La joven le cogió entre sus brazos con trasporte y lo cubrió de besos. Aseóle y vistióle dándose las mejores trazas del mundo; dióle á beber la leche de la cafetera con la misma destreza que si nó hubiera hecho otra cosa en toda su vida, enseguida se lo llevó á su abuela para que lo abrazase.

Aprovechando los momentos que la anciana empleaba en acariciar al niño y en hablar sobre él; Rosa arregló la cuna, y volviendo á coger á Luisito, se sentó en una silla, de espaldas á la puerta, y comenzó á mecerlo.

Mientras tanto, la abuela cubrió su rostro con el delantal y volvió á gemir y á sollozar.

—¿Por qué afligirse así, dijo una voz grave y profundamente enternecida, cuándo los ángeles de Dios están á vuestro lado, Lisbeth.

Rosa dió un grito al volverse, y la anciana dejó caer con precipitacion su delantal. Pedro Kepenne estaba delante de ella.

Para ir á Lieja habia tenido que pasar á poca distancia de la cabaña, que se encontraba un poco á la derecha del camino que el seguia, y habia entrado para saber de Lisbet y de su nieto, y probablemente tambien para ofrecerle algunos cortos socorros, tales como en su posibilidad cabian.

Al oir hablar dentro de la cabaña, miró por la ventana, y fué testigo inapercibido de todo cuanto acababa de pasar. No estando, por otra parte, cerrada la puerta más que con el pestillo, habia podido entrar sin que nadie lo sintiese.

—Que Dios os bendiga, señor Kepenne, dijo la anciana. Yo os doy gracias por el interés que me manifiesta, y no esperaba menos del hijo del padrino de mi pobre yerno. Sigo tan bien como es posible, y el niño no menos, gracias á los buenos cuidados de la señorita Rosa.

—El hecho es, Rosa (dijo Pedro) que haceis con toda perfeccion el papel de pequeña mamá.»

Rosa, no vuelta aun de su sorpresa, se contentó con abrazar al niño por toda respuesta.

—Sabeis, señor Kepenne, dijo la anciana, como para explicar la presencia de Rosa en su casa á tan temprana hora; sabeis que lo que atormentaba á mi pobre hija antes de morir era la incertidumbre de lo que sería de su Luisito. La señorita Rosa; á quien Dios bendiga, venia todos los dias desde el punto en que cayó tan mala para traerle consuelos, y se encontraba en casa cuando mi hija, tomando en sus brazos á su pobre niño, le miró largo tiempo

con aquellos dulces ojos próximos á apagarse, y me dijo con débil y moribunda voz.

==Madre mia, cuando yo muera, no olvidéis el que me entierren con mis zapatos, á fin de que Dios me permita el venir durante nueve dias, á dar de mamar á este inocente.

Esta es una creencia bulgar que aquí tenemos, y no podia haber ofensa para Dios en que yo así se lo prometiese. La pobre alma partió mas tranquila.

No sé si el Señor le concede ó nó esta gracia, durante la noche, pero lo que sí sé es que durante el dia la señorita Rosa es la madre envidiada por ella para que la remplace al lado de su hijo.

==Tambien diré yo como esta mujer: ¡Dios os bendiga, Rosa! dijo Pedro en extremo conmovido.

==Mañana espiran los nueve dias, continuó Lisbeth, y aunque la señorita Rosa me ha prometido volver á menudo, y aunque Naneta, á quien la señorita Rosa ha puesto á mi lado para que me cuide, lo haga muy bien conmigo, estoy pesarosa al pensar que no volveré á ver esta señorita, cuyo dulce rostro me alegraba mas el corazon que lo que un hermoso sol alegra los campos despues de la tempestad.

Y la pobre mujer comenzó á sollozar.

==¿Hay alguien que os pueda reemplazar, Rosa? preguntó Pedro.

==Balbina se ha encargado de buscar una excelente mujer, respondió tímidamente Rosa. Naneta cuidará de Lisbeth, hasta que esta pueda entregarse de nuevo á sus ocupaciones habituales.

Pedro se levantó dió un apretón de manos á la Anciana, y aproximándose enseguida á Rosa: No desdeñeis mi ofrenda para esta pobre mujer, le dijo con aquella voz llena de emociion y de ternura que tenía en él tan grande encanto. «Dejad que me asocie á vuestra buena accion; os ofrezco

el óbolo del pobre.

Rosa levantó hácia él sus ojos que rebosaban lágrimas.

—Adios, continuó Pedro extendiendo su mano, que la jóven estrechó en la suya. Soy muy feliz por haberos encontrado aquí; llevo de esta escena un recuerdo que dará ánimo cuando me sienta oprimido por las dificultades de la empresa que voy á emprender. Él iluminará con su claridad radiante las horas sombrías de mortal desfallecimiento.

E inclinándose hácia el niño que dormía en el regazo de Rosa le contempló algunos instantes con religio o interés.

Ya que Pedro continúa su camino hácia Lieja, donde debe tomar el carruage que ha de conducirlo á Bruselas; ya que el niño duerme apaciblemente en su cuna; ya que Rosa ha logrado hacer salir á Lisbeth de su oscuro rincón para sentarse á la mesa y tomar algun alimento; ya, en fin, que Rosa ha vuelto á los Fresnos y contado á Balbina su visita y la de Pedro á la cabaña; refiramos, para no volver á ella, la historia de la anciana y de su nieto, en cuya suerte la jóven se interesó siempre, y al que continuó prodigando los mas tiernos cuidados.

Un buen obrero, fundidor de Jupille, habiendo ido á Francia, hizo conocimiento en Alsacia con una jóven linda, de juicio y laboriosa, hija del maestro de escuela de una de aquellas aldeas. La amó fué correspondido y se casó con ella. Al cabo de algunos meses, Leonardo deseó volver á su país. Victoria que no conocía otras leyes que los deseos de su marido, consintió dejar para siempre su patria; solo rogó á Leonardo no la separase de su anciana madre, viuda ya, y que no sobreviviria al pensar de verse lejos de su hija.

Lisbeth era una de esas raras suegras que no se mezclan nunca en los asuntos del matrimonio, como no fuese para predicar á la jóven esposa del espíritu de conciliación, de orden y de paz.

Leonardo queria por esta razon mucho á su suegra, de modo que accedió con placer á la demanda de llevarla consigo.

Llegaron á Jupille, se instalaron, se hizo estimar, y Leonardo obtuvo trabajo en la fundicion de Cañones de Lieja.

Dos años hacia que estaba ocupado en ella cuando Victoria dió á luz un niño, cuyo nacimiento colmó los deseos de sus padres.

En el exceso de su alegria el pobre padre quiso festejar el bautismo de su hijo, y convidó á la pequeña comida que ofrecia á la madrina y al padrino y á algunos de sus camaradas de la fundicion de Cañones.

Mientras llegaba la hora de sentarse á la mesa, fueron á entretenerse en tirar con la carabina, y, no se sabe cómo, pero ello es que se le fué el tiro mientras esperaba su turno, y la bala le hizo saltar el cráneo pasando por debajo de la barba.

La muerte fué instantánea.

Era forzoso noticiar esta desgracia á la esposa, que solo hacia dos dias que se levantaba del lecho, y la conmocion que le causó, no obstante las preocupaciones que se tomaron, fué tan terrible, que cayó peligrosamente enferma, y dos semanas despues de la muerte de su querido Leonardo, los cadáveres de dos esposos yacían juntos en la misma fosa.

Victoria dejaba á su madre un niño de un mes.

La pobre anciana se hizo cargo de él, y cuando pasaron los primeros momentos de desesperacion, se puso á trabajar con toda la energía que puede inspirar al ser mas débil el cumplimiento de una mision santa.

Mr. Deroy le proporcionó trabajo y subvino en gran parte á los gastos que ocasionaban los cuidados reclamados por el pequeño Luis, y finalmente, la compasiva amistad de Rosa para con ella y para con el huérfano, fué el bál-

samo precioso de que Dios se sirvió para cicatrizar las heridas de aquel corazón.

Antes de terminar este capítulo, y adelantando las épocas, diremos que el niño creció para hacerse un hombre de corazón y de inteligencia, que pagó á su abuela mientras ella vivió, la deuda de ternura que ella le había prodigado durante su infancia, y que mereció toda su vida el vivo interés de que Pedro y Rosa no dejaron nunca de darle pruebas.

Esto dicho, volvamos á los Fresnos, donde Rosa espera con impaciencia que termine el plazo de tres días, después de los cuales tiene que ir á buscar entre las yerbas la respuesta de su oráculo matrimonial.

La mañana de aquel tercer día Rosa corrió al vergel alegre y ligera como un pájaro.

Pero, ¡que chasco! =Naneta había venido un instante á los fresnos para visitar los animalitos que tenía á su cargo en aquella casa, y creyó proporcionar un placer á Rosa llevándola á Cabriola, la cabra favorita de su ama, á que paciese la yerba tierna y apiñada que crecía á la sombra de los chaparros. Cabriola no tuvo necesidad de que se lo rogasen mucho.

Adios pues *celvato*, enamorado incògnito y futuro preferido: todo se lo había tragado la cabra.



IV.

Dos meses habian transcurrido desde la partida de Pedro. En este intervalo habíase recibido en los Fresnos una sola carta suya, en la que se mostraba satisfecho de la marcha de sus asuntos.

Los ensayos iban bien, y fundaba grandes esperanzas en una jóven cantante, algo parienta de su tio, la cual tenía á su cargo el principal papel.

La señorita Delheze le habia admirado, segun decia, por la inteligencia con que comprendia su papel, y le encantaba con la magnificencia de su voz.

Los *dilettanti* que asistian á los ensayos auguraban un éxito inmenso al jóven compositor y á la *primadonna*. Todo iba á medida de su deseo.

Otra carta llegó poco despues de esta. Antes de arrastrar la grande y definitiva prueba del público, Pedro queria restaurar sus fuerzas con los aires saludables y simpáticos de los Fresnos.

La excitacion que experimentaba, alimentada por todo lo que se decia de su obra, por todo lo que se esperaba de su talento, le hacian necesitar alguna calma, algo, en fin, que lo reanimase, y este algo era la ternura de su tio y la de sus dos amigos.

Quería hacer provision de valor para el caso de un mal éxito. Pedro sentia en sí mismo energía bastante para sostener, sin que su cabeza desvaneciese, la inmensa felicidad de un triunfo escénico; pero confesaba que, en la disposicion de su ánimo, tenia miedo de verse para siempre abismado bajo el peso de una derrota.

Rosa se alegró mucho al pensar que iba á volver á ver al amigo de su infancia. Sin embargo, reflexionando un poco acerca del contenido de su interesante carta, se sintió algo inquieta con motivo del entusiasmo que Pedro parecia profesar hácia la jóven cantante.

Así es que interrumpida á veces su labor para arrojar una furtiva mirada al espejo colocado en frente de ella, y para preguntarle si la señorita Delheze sería una rival muy de temer, y si en rigor podría ser un obstáculo sério á los proyectos de venganza, que mas que nunca alimentaban contra su eterno censor.

Pero habiéndole afirmado su espejo que Pedro la hallaría á su vuelta mas bella que nunca, se tranquilizó completamente.

Una nueva carta de Pedro no tardó en anunciarles su vuelta. El dia mismo que se recibió, Miguel Leonis y Catalina se encontraban en los Fresnos, y pudieron regocijarse con sus amigos de aquella próxima llegada.

¡Que dichoso era el buen Miguel! ¡Cuan ventajosamente le habia cambiado su matrimonio! Su fisonomía, ya tan benévola, se habia dilatado del todo.

Viéndose además en vísperas de ser padre, su felicidad y su cariño hácia su esposa no conocian límites. Era un

hombre completamente transformado.

Mientras que Mr. Deroy, el inválido y Leonis, paseándose por el jardín fumando un cigarro, y quién sabe si una pipa, Catalina y Rosa se refugian en la habitación de esta para charlar á todo su placer.

Al entrar en ella, la Sra. de Leonis, despues de hacer una profunda reverencia á Rosa, le preguntó con afectada solemnidad si su magestad la reina de las flores y de las mariposas tendria á bien concederle dos minutos de audiencia para una comunicacion importante.

Rosa contestó con otra reverencia mas profunda todavía, y protestó que era ya toda oidos. Catalina se *hechó á reir*, enlazó con sus brazos el cuello de su amiga, y le dijo estrechándola en ellos.

=¿Quieres ser la madrina de mi niño?

=Ciertamente que sí, contestó alegremente Rosa. ¿Pero estás segura de que tendrás un niño y nó una niña?

=Segura, replicó Catalina. Entre otras razones porque es menester que mi niño sea mayor que la niña que tú tendrás el año que viene, para que haya conveniencia en la edad cuando lleguen uno y otro á la de casarse.

Rosa soltó á su vez una estrepitosa carcajada. Enseguida continuó diciendo:

=Catalina si en efecto llegase á casarme y á tener una hija, teniendo en consideracion tus tan anticipados deseos, se la concedo desde luego al hijo que todavía no tienes.

=¿Mientras tanto, mi querida Rosa, serás tu su madrina?

=¡Cuán buena eras por haber pensado en mi! Nada en el mundo pudiera lisongearme más.

=Corriente tú escojerás el padrino.

=¿El padrino? dijo Rosa pensativa. Quién podrá ser el padrino.

=¿Qué diría la reina de las flores de Pedro Kepenne? Contestó á media voz Catalina.

==Ah! exclamó Rosa sonrojándose; si has contado con él te has engañado mucho: antes renunciaría á ser la madrina.

==No te enfades por eso, puesto que eres muy dueña de elegir á quien quieras.

==Pues bien, no hay que hablar de Pedro, dijo Rosa con aire desdeñoso: no será él el padrino si yo he de ser la madrina.

==Eso es cuenta tuya, replicó Catalina, sonriéndose del calor con que Rosa le desdeñaba, lo que hacía sospechar á la jóven madre que algo de despecho se mezclaba á aquel afectado menosprecio. Y pasando su brazo por debajo del de su amiga, la condujo al jardin, donde los caballeros continuaban su paseo.

La cena fué alegre. Rosa desplegó en ella una gracia, una vivacidad encantadora. Ella se habia excedido á sí misma en la perfeccion de algunas golosinas que se sirvieron en los postres, y por ello recibió muchos plácemes que la pusieron de muy buen humor.

Mr. Deroy que ya sabía la peticion hecha á Rosa por Catalina y su esposo respecto al hijo que esperaban, habló de ello en la cena.

==La educacion de un alma inmortal, observó Pedro, es un cargo que los ángeles mismos temblarian al aceptarlo, y sin embargo los mas de los humanos le toman sobre sus hombros con la mas chocante, con la mas culpable indiferencia. Solo una muger verdaderamente cristiana es la que puede no ser inferior á esta mision, porque la muger verdaderamente cristiana posee una pureza que no desdeñarían los ángeles. ¡Pero cuantas familias no consultan, para contraer esta alianza santa, sino sus intereses y vanidad!

Jamás Rosa habia considerado los deberes de una madrina bajo un punto de vista tan solemne, tan sério. Estas

palabras de Pedro la impresionaron con gran fuerza, y con una voz casi trémula dijo que esperaba le diese Dios la gracia necesaria para llenar todas las obligaciones que iba á imponerle su título de madrina.

==Mr. Madame Spee han rehusado este cargo, dijo Mr. Deroy, Piensan que les quedan harto pocos dias de vida para empresa semejante; pero rogaban á Dios con fervor para que dirigiese la eleccion de los parientes espirituales que Miguel y Catalina iban á dar á su hijo.

==Y Dios ha oido sus ruegos, Rosa, dijo Pedro; puesto que mis amigos han acudido á vos. Pero, ¿y el padrino? ¿Tenéis ya padrino?

==Aun nó; replicó el buen profesor.

Hubo un momento de silencio: Chabardeze fué el que lo rompió.

==Segun lo que nos habeis dicho, Pedro, no os cargarais á la lijera con semejante responsabilidad.

Rosa escuchó con curiosidad la respuesta que iba á dar el jóven.

==No ciertamente, amigo mio; y sobre todo, añadió con sonrisa, si habia de ser padrino con la señorita Deroy.

==¿Lo decís de veras? dijo Rosa picada.

==Muy de veras, añadió Pedro riendo siempre.

==Por fortuna, replicó la jóven con un aire desprecia-
tivo que desmentia la emocion de su voz y las lágrimas que de su corazon subian á sus ojos, por fortuna nadie os lo ruega.

==Sé muy bien Rosa, dijo con dulzura Pedro, y mirándola afectuosamente; sé muy bien que no me quereis por compadre, y me permito felicitar me por ello.

==Para que vuestra satisfaccion sea completa, replicó la jóven ofendida, voy á rogar á mi buen amigo Chabardeze de que sea conmigo el padrino del hijo de Catalina!

—No podeis hacer mejor eleccion, dijo con seriedad Pedro.

Mr. Deroy se sonreia durante esta escena. En cuanto al inválido, cuando oyó que por la reina de las flores se le ofrecia el título de padrino, un relámpago de alegría brilló en sus ojos, despues su rostros e veló con una expresion de tristeza, y sin responder, inclinó la cabeza sobre su pecho.

Y bien, mi buen amigo, dijo Rosa, admirada del silencio del inválido, ¿me rehusais?

—¡Oh nó, nó, Rosa; pesaba solamente en la muerte de las dos mariposas que hace cinco años no pudisteis salvar; pero me tengo por muy feliz, sí, por muy feliz con que me hayais escogido por compadre.

Dicho esto, pasaron á la sala.

Pedro habia traído su violin. Para complacer á sus amigos tocó varias melodías de su ópera. Los dos ancianos estaban absortos, y Balbina misma, atraída por aquella deliciosa música, corrió á la sala sin quitarse el delantal de la cocina.

Solamente Rosa no se abandonaba al encanto del jóven compositor. Su corazon rebosaba despecho: por la primera vez osaba resistirlo, por la primera vez trataba de agradecer sin poder conseguirlo. Mr. Deroy queria que su hija cantase. Tenia una encantadora voz, y aunque no habia hecho estudios músicos, cantaba con exquisito gusto. Pedro le propuso acompañarla con el violin; pero ella rehusó pretestando que no estaba en voz. En vano su padre y Chabardeze le rogaron; ella no quiso prestarse en manera alguna, y Pedro, que sufría por ella á causa de la insistencia con que se pretendia hiciese lo que parecia desagradarle tanto, se unió caritativamente á Rosa para suplicar á Mr. Deroy y al inválido que no le contrariasen mas. Este fué el último golpe, y si Rosa se hubiese atrevido, le

habría arrancado los ojos por su importuna intervencion.

Algunos dias despues, Rosa tuvo otro motivo de queja contra Pedro. Al llegar à los Fresnos, encontró á esta ocupada en preparar algunas galas para el dia del bautismo.

Conversó largo tiempo con sus viejos amigos á cerca de sus proyectos y de su porvenir, y les notició que acababa de ser nombrado primer violin del teatro de Lieja. Ellos le felicitaron muy cordialmente, porque con el producto de esta colocacion y con algunas lecciones, podria vivir y trabajar con comodidad.

Rosa no habló una palabra, y Pedro tampoco se le dirigió ni una sola vez. En medio de su cólera la jóven arrugó las cintas, la gasa y las flores, y las arrojó lejos de sí.

—¡Pobres flores! dijo Pedro con aire burlon.

—Ah! replicó Chabardeze con sencillez, no importa son flore : artificiales.

Pedro conservó durante algunos instantes su irónica sonrisa; despues, volviendo friamente los ojos, siguió hablando con Mr. Deroy, sin ocuparse mas de la jóven. No pudiendo sufrir mas, Rosa pretestó un dolor de cabeza y se retiró á su cuarto, despues de haber saludado apresuradamente. ¡Cuán odioso hallaba á Pedro! ¡con qué afectacion de indiferencia la trataba! Nada de cumplidos, nada de galantería, nada que pareciese anunciar turbacion en su alma, emocion la mas pequeña. Y sin embargo en la cabaña de Lisbeth le he visto enternecido; ha podido adivinar todo su poder sobre aquella razon austera, sobre aquel corazon impasible, sobre aquel carácter altivo y resuelto. ¿Qué ha sucedido despues? ¿Qué es lo que ha pasado? ¡Oh, aquella cantante! ella es sin duda la que le arrebatava el placer de este glorioso triunfo, el solo á que Rosa daba precio. ¡Cuán desgraciada se sentia! Jamás hubiera creído que un desdén hiciera sufrir tanto. ¡Oh Dios! ¡El desdén!... Y qué, ella, ella, Rosa Deroy se veia desdeñada!...

A esta cruel reflexion el dolor, el despecho, y quizá otro sentimiento de que no se daba cuenta á sí misma, y que era sin embargo harto mas honroso que los otros, le hicieron experimentar tal opresion de corazon que, si no hubiese sobrevenido para aliviarla un diluvio de lágrimas, no sabemos lo que habria sido de nuestra pobre reina de las flores.

Mientras que sus lágrimas corrian en abundancia, oyó abrir abajo la puerta de la sala. La voz de Pedro, que partia, llegó hasta ella. Rosa corrió á la ventana y escuchó. Quería saber si al menos manifestaba alguna inquietud por la indisposicion que la habia obligado á subir precipitadamente á su cuarto.

—Ven mañana á defender tu causa ante mi hija, y gánala, amigo mio, decia en este momento Mr. Deroy. Mis deseos son todos para tí: tú eres el único á quien yo pudiera cederla sin experimentar demasiada pena.

Y qué! Pedro la ha pedido en casamiento á su padre! Rosa no puede creer á sus propios oidos, no puede volver de su sorpresa. Oh! corazon mio, dijo, estrechando su pecho con ámbas manos, corazon mio, no palpites con tanta fuerza.

Una hora despues de la partida de Pedro, Rosa estaba aun en su cuarto. ¡Cuánto habian cambiado sus sensaciones! Triunfaba ahora, pero su alegría tenia otro carácter. En el primer momento era como una dicha indecible, y mudas acciones de gracias á Dios. Esto no habia durado mucho: su natural volvía á ser mas fuerte, y le decia: Al fin, podré vengarme! ¡Cómo le haré sufrir! ¡Cómo me pagará los tormentos que he experimentado esta noche! Ahora lo espero á pié firme. Ah, mañana es? ¡Que lástima que mañana no sea hoy.

La noche pasó en fin; llegó el dia, y Rosa se adornó como ya hemos dicho que sabia hacerlo, esto es, con una sencii-

lléz llena de buen gusto. Despues de la comida que en aquel tiempo acostumbraba á tener lugar en Lieja desde las doce á las dos de la tarde, era cuando debia venir Pedro. Rosa fué á esperarlo al jardin. A medida que se aproximaba el momento, experimentaba una turbacion que no podia dominar, cuando creia oir los pasos del jóven, le parecia que su corazon dejaba de latir, y despues latia con toda su fuerza cuando se penetraba de que se habia engañado. Buscaba las palabras con que formular su negativa, las meditaba, queria que fuesen muy picantes, muy aceradas, porque era preciso devolver á Pedro en una vez sola todo el mal que él le habia hecho en mil.

Pedro apareció en fin, Su aspecto era mas sério, mas grave que nunca.

—Quereis conversar algunos instantes conmigo: dijo el jóven, tomando una mano de Rosa y colocándola bajo su brazo.

Su voz era tan tierna, tan suplicante, y al mismo tiempo tan solemne, que Rosa no opuso resistencia.

Mientras el paseo, Pedro le contó que la amaba desde su infancia, que habia crecido con aquel amor, que no habia trabajado con tanta obstinacion para crearse una carrera sino para poderla ofrecer una posicion segura y honrosa. Le pintó sus gozos de un dia, sus desesperaciones del dia siguiente, todos los trances, en fin, de la incertidumbre. Ahora acababa de obtener un grande, un magnífico éxito, cuya noticia habia querido reservale para el dia en que hubiese obtenido permiso para abrirle de par en par las puertas de su corazon.

Mr. Deroy, instruido de todo, lo aprobaba todo. Su porvenir estaba asegurado. Ahora tiene ya derecho de rogar á la jóven á quien amaba que le confiase su destino, porque podia ofrecerle un nombre con alguna reputacion, y las comodidades que siguen siempre á un éxito

tan glorioso como había sido el suyo.

Mientras que Pedro la hablaba con una convicción, con una ternura cuyo encanto era irresistible, Rosa se esforzaba para librarse de aquella fascinación. Ah (decía para sí) estoy segura de mi venganza. ¡Qué pálido está! ¡Como tiembla!

Rosa levantó los ojos hácia el jóven, pero no pudo arrostrar la expresión dulce y penetrante de su mirada, y al momento los bajó.

—En verdad, Pedro (dijo al fin) eso que me decís me aflige. Hasta hoy nada en vuestra conducta ha podido hacerse sospechar que V. viese en mí otra cosa mas que una niña, una amiga, una hermana; y yo me he acostumbrado á amaros como á un hermano y nada mas.

—Ah, Rosa (exclamó Pedro) ¿debía yo haceros leer en este corazón que ocupabais todo entero, antes de poderos preguntar si queriais ser mi esposa?

—No puedo serlo (replicó la jóven). Sufririais demasiado conmigo: conoceis mi carácter mejor que nadie, vos que tanto habeis hecho para correjirme de mis defectos.

Rosa (dijo tristemente el jóven) chancearse en este momento seria cosa bien cruel. Habladme con seriedad: ¿queréis ser mi esposa?

—No, Pedro (respondió con firmeza la jóven) y si os hablo de este modo es por que estoy convencida de que os consolareis fácilmente de mi negativa. Otra mujer con mas condiciones que yo para agradaros, me hará olvidar muy pronto.

—Antes de resolveros definitivamente, Rosa, (dijo él con voz conmovida) no quisierais tomaros algunos dias para reflexionar?

—Soy demasiado ligera, demasiado caprichosa (replicó

ella resueltamente); no soy digna de vos.

==Sois injusta con vos misma, Rosa, (continuó Pedro con una voz profundamente triste). No sois ni ligera ni caprichosa. Os he visto crecer, y mi juicio de niño, madurado por la desgracia, me ha permitido comprender cuanta sensibilidad ocultais bajo esa frívola apariencia. No hay amistad mas afectuosa, mas firme que la vuestra, y los pobres proclaman vuestra caridad, aunque pongais tanto cuidado en ocultar el bien que haceis. ¿No he tenido yo mismo ocasion, en dos diversas circunstancias de ser testigo de los bellos ímpetus de vuestro corazon generoso? La primera vez fué cuando el hermano pequeñuelo de Nana cayó ante vuestros ojos en el Mosa. ¡Con qué abnegacion, respondiendo á los gritos del niño que luchaba con las aguas, os arrojasteis al rio para salvarlo ó perecer con él! Felizmente la Providencia me condujo allí al tiempo de salvaros á vos y á la inocente criatura que estrechabais entre vuestros brazos. La segunda vez os sorprendi junto á la cuna del nietecito de Lisbeth, y lo que habeis hecho por ese huérfano bastaría por ello solo para impedirme el dudar de vuestro corazon.

Pero sois coqueta. Rosa: ved aquí vuestro principal defecto. Os agrada parecer bella y se os lo diga. La nube que oscurece un pequeño espacio del azulado cielo de vuestro carácter, se disipará, cuando ilene vuestra alma un amor noble y sério.

Rosa movió la cabeza, é hizo ademán de dirigirse hácia casa. Conocia que este lenguaje sincero y digno empezaba á hacer labrar en ella, y que la expresion de un cariño tan verdadero, tan noble, tan constante la enternecía. Quiso eludir su influencia, pero Pedro la contuvo.

==Un momento mas, Rosa; se trata de la dicha de la vida de ámbos.

==¡De ámbos! repitió Rosa con tono algo picado.

Si, Rosa, de ámbos. Os repito, añadió gravemente, que os conozco mejor de lo que vos misma os conoceis. Jugais vuestro porvenir contra una satisfaccion de amor propio, y lo sentireis cuando ya no sea tiempo. Me amais, Rosa; lo sé.

=Eso es demasiado, exclamó la jóven con impaciencia.

=He pasado diez y siete años viéndoos casi todos los dias, y me engañaría soberanamente si fueseis otra de lo que creo.

=Lo siento por vos, Pedro, replicó Rosa; pero en verdad vuestra perspicacia no os ha servido de nada ahora. Estoy segurísima de que no os amo, de que no quiero ser vuestra esposa, y siento mucho que me obligueis á hablaros con tal claridad. ¿Quereis dejarme ahora?

=Una palabra no mas, Rosa; si experimentais hácia mí verdaderamente ese cariño fraternal de que me hablais, antes de quitarme toda esperanza concededme ocho dias para que reflexioneis. De aquí á entonces no os veré, pero nos encontraremos en el bautismo del niño de Miguel y de Catalina. En aquel dia os ofreceré un alelí.

No habreis olvidado, añadió con una triste sonrisa, que Chabardeze me nombró príncipe de estas bellas flores. Si la aceptais, al dejar á Jupille para volver á Bruselas, llevaré conmigo á mi esposa, á la amiga de mi infancia, á la compañera de mi vida. Si rehusais, no habrá mas que hablar entre nosotros: partiré solo, y si alguna vez vuelvo á averos no os importunaré con mi amor. Ahora ya no os detengo mas.

V.

Ligera como una cierva alejóse Resa, pero todo el resto del día permaneció pensativa, y en vano procuró creerse satisfecha. Quería felicitarse por su triunfo; pero siempre la parecía escuchar aquella voz tan franca, tan simpática, tan tierna, que la pedía no jugase con la felicidad. Admirábase de no haberse indignado mas por lo que llamaba fatuidad de Pedro. Admirábase sobre todo de que su venganza no la satisfacía en manera alguna.

Después de la partida del jóven preguntó á su hija Mr. Deroy:

—¿Y bien, Rosa, has hallado en fin un marido digno de tí?

—Todavía no, padre mio.

—¿Cómo todavía no! exclamó el profesor sorprendido. ¿Qué diantres necesitas si no te contentas con Pedro?

—¡Estoy tan bien á tu lado! dijo la jóven abrazando á su padre. ¿Cómo quieres que piense en dejarte.

El anciano quiso reñir, despues ratiocinar; pero se sentia tan feliz en el fondo de su alma de ser el preferido en el afecto de su hija, que su riña no fué mas severa de lo que fueron sólidos sus argumentos.

=A propósito, papá, interrumpió Rosa, ¿oiste ayer el bello cumplimento que me dirigió Pedro en la mesa?

=¿Cual, hija mia?

=¿No te acuerdas que dijo que en ningun caso consentiria en ser padrino conmigo?

=Esa fué una galanteria para tí, dijo Mr. Deroy sonriéndose.

=Linda galanteria por cierto!

=Has de saber, hija mia, que en lo antiguo las leyes de la Iglesia prohibian formalmente el casarse con su comadre. Al principio de la monarquia francesa hay ejemplo de divorcio, que no tenia otra causa aparente sino este lazo espiritual, y en una época mas próxima, aunque todavía distante, se creia que un casamiento semejante debia por necesidad ser desgraciado.

=Ah! ¿Fué á esas costumbres á las que quiso aludir? ¿Entonces por qué no se esplicó con mas claridad? Diciendo esto subió á su cuarto para reflexionar á sus solas en todo lo que acababa de acontecerle.

Pedro cumplió su palabra; no volvió á casa de Mr. Deroy, y Rosa, que esperaba no tuviese valor para aguardar durante ocho dias el resultado de las reflexiones que le rogo hiciese, sufrió cruelmente en su corazon porque no le veía, así como sufrió en su orgullo por la exagerada firmeza de que él hacia alarde.

=Si hubiese cambiado (se decia); si ofendido por mi aire desdeñoso no viniese el dia del bautismo, ¡que desgracia fuera para mí! No podria humillarle de nuevo Y luego algunas lágrimas velaban por los ojos de Rosa, y le parecia que solo era para Pedro para quien queria parecer

bella, y que si este volvía á presentarse no habia de experimentar por cierto otro desdén.

Comparábale con todos los que habian solicitado su mano, con todos los jóvenes que conocia; ¡cuan superior lo encontraba á todos ellos. ¿Pero quizá no seria ya tarde? ¿No se habria ofendido aquella noble y altiva naturaleza por sus estúpidos desprecios? Por otra parte, la joven y bella cantante, que tanto éxito habia alcanzado en la ópera de Pedro, acababa de llegar con su madre á Jupille. Estas damas habitan en la propia casa del tío del joven compositor; Miguel las habia convidado al bautismo de su hijo. ¿Que cosa mas natural sino que Pedro dirija á ella sus miradas? La señorita Dechez está tan honrada como inteligente y bella; una union entre ambos seria muy ventajosa para sus intereses en la carrera que habian emprendido. Si esto se verificaba, ¡cuan castigada quedaria! Al imaginarlo, las lágrimas inundaban el rostro de Rosa, y los sollozos ahogaban su corazón.

Llegó en fin el día de la ceremonia. El tiempo era magnífico.

Antes de marchar á la iglesia, el inválido, padrino escogido por Rosa, ofreció á su madre una bellísima corona de yedra; él llevaba en el ojal una soberbia rosa.

—Amiga mia, dijo al presentarle la corona; llevo vuestro emblema, y la yedra, que es el mio, es la imágen fiel de mis sentimientos hácia vos. La yedra muere si no está asida á otra planta; solo la muerte podrá desligarme de vos.

Rosa trémula, pálida aceptó la corona, pero no quiso entonces colocarla sobre su frente. No pensaba ya en ser la mas bella; deseaba reinar solo en su corazón, que tal vez en este momento se le escapaba. El suyo era bien desgraciado.

Partióse para la iglesia. Todas las jóvenes solteras de la parroquia le esperaban á la puerta para formar su comitiva.

Dos vigorosos aldeanos llevan sendos bastones levantados en alto y adornados con cintas, de cuyo extremo pende una corona de flores, símbolo de la dignidad de Rosa. Madame Spee camina entre ella y otra amiga de Catalina. Chabar-deze busca al pasar una sonrisa de su comadre; pero esta sonrisa es tan triste que su corazón queda mal satisfecho.

El niño está ya en la iglesia. Rosa entra precedida de su corona. La santa ceremonia termina y el hijo de Catalina, porque en efecto Dios ha concedido á su deseo un varón, se llama ya Miguel Andrés Leonis: Miguel como su padre, Andrés como su padrino.

Siéntanse á la mesa, Catalina aunque muy débil aun quiere por lo menos asistir á los postres, donde, á pesar de su palidez, aparece, mas linda que nunca. Se brinda á su salud y á la futura felicidad del recién nacido. Catalina toca sólo con sus labios el vaso y se levanta para retirarse: pero al pasar junto á la joven madrina le dice en voz baja y echando una mirada hácia Pedro, que andaba muy solícito y obsequioso con las Sras Delhez:

—¡Qué lástima que hayas dejado á esa amable extranjera la gloria de quitarte uno de tus mas fervientes admiradores!

—Cómo! Qué quieres decirme? respondió Rosa, con el corazón lacerado por el mas agudo dolor.

—Han dicho á Miguel (continuó Catalina sin apercibirse del efecto producido por sus palabras) que esa señorita está comprometida de poco acá para casarse con Mr. Kerpene, al que conoció en Bruselas.

Una mortal palidez cubrió la frente de Rosa.

—¿Qué tienes? dijo Catalina asustada. Rosa, Rosa, tu mano está fria! ¡Pobre niña! Yo no sabia... yo no podía preveer... Ah! Tú le amas!

—Silencio por Dios. Que él no sospeche... que nadie se aperciba.

—Esas voces pueden no ser ciertas, querida Rosa: procura tranquilizarte, se nos observa. Ah! cuánto desearia poder permanecer á tu lado, alentarte!...

—Vamos, Catalina, exclamó alegremente Miguel, llegando á tomar del brazo á su esposa. Volvamos cerca de nuestro hijo, que pudiera impacientarse por tan larga ausencia. Querida mujer mia, continuó formalmente Miguel, la verdad es que temo te fatigues. ¿No es cierto Rosa, que no debe permanecer aquí por mas tiempo?

—Seguramente que nó, respondió esta con una voz casi ininteligible.

Catalina siguió á su marido, despues de haber dirigido á Rosa una mirada que parecia recomendarle la prudencia y el valor.

Aquella cruel tarde tocaba á su fin, cuando el aire, que se habia hecho sofocante, refrescó de repente. Relámpagos hienden las nubes, estalla el trueno, y una lluvia de tormenta, una lluvia de torrentes, vino á hacer impracticables los caminos para todos los que vivian algo lejos de allí.

Las señoras Delhez, como y asabemos, tenian su habitacion á muy corta distancia, en casa del tio de Pedro. Miguel Leonis les dió paraguas, y Pedro se ofreció á acompañarlas.

Ya no hay esperanza para Rosa; él ha partido, despues de haberla saludado al paso.

¡Cuánto sufre!

La mayor parte de los convidados se han puesto en camino, porque el tiempo comienza á mejorar. Ya la luna asoma por entre los cortados nubarrones que la ocultaban: pronto gira en el despejado cielo plateando con sus rayos la campiña entera.

Miguel propone á los que viven mas lejos que se traigan mesas de juego, á fin de dar á las aguas que ruedan por los senderos el tiempo necesario para su desagüe.

Todos aceptan, y de este número es la familia de la casa de los Fresnos.

Rosa se refugia por segunda vez en el hueco de una ventana abierta que dá al jardín. Por allí es por donde ha visto alejarse á Pedro, á Pedro, al que quizá no volverá á ver nunca! Un rosal se enlaza al enrejado que adorna la fachada de la casa, y sus húmedas flores suben hasta la ventana misma. Rosa, con pretesto de respirar sus perfumes, se inclina hácia afuera para que el aire fresco de la noche oree su ardorosa frente. Coje una de las rosas, su cabeza se apoya en una de sus manos, mientras que con la otra tiene asida la flor que ha cogido y que ha bañado con sus lágrimas.

¡Qué de amargas reflexiones vienen á asaltarla! ¡Como deplora las funestas consecuencias de su coquetería! Ve destruido el porvenir de su vida entera, de aquella vida que apenas comienza, y todo por culpa suya! Con cuánta razón Pedro le advertía que no jugase con la felicidad! ¡Ah, si él volviese!

De repente se estremece. Ha oído pasos en la calle de árboles; pasos que cree reconocer; un hombre se aproxima á la ventana, se detiene; ella no se atreve á hacer el menor movimiento, no osa respirar; su corazón ya no late.

«Quereis trocar esa rosa por este alelí» dijo una voz amiga.

«Si, respondió Rosa, sin alzar siquiera la cabeza. Pero este si, fué pronunciado tan bajo, tan bajo, que se necesitaba el atento oído de un amante para percibir el sonido tímido y feliz de aquella voz. Lo que solamente podía ayudar á hacerlo comprender, era que los pequeños dedos de la jóven se habian abierto para soltar la rosa, y se habian cerrado vivamente para asir el atelí que acababan de poner en sus manos.

Cuando al fin se vió poseedora de aquella tan deseada flor, se atrevió á mirar al jóven, se atrevió á volver hácia él su dulce rostro bañado en lágrimas.

¡Cuán bella le pareció, y cuánto amor y felicidad expresaban sus ojos!

Los dos amantes hablaron algun tiempo sin que nadie se apercibiese de ello. ¡Qué de cosas encantadoras debieron repetirse cien veces! Lástima es que yo no os las pueda decir! Lo único que sé es que, cuando Rosa llamada por su padre, se volvió pronta para decirle que estaba pronta para partir, no quedaba ya sobre su rostro huella alguna de las profundas angustias que todo el dia habia experimentado.

==«Ah! estás ahí, Pedro?» dijo Mr. Deroy al jóven que en este instante entraba en la sala, ¿nos acompañais á los Fresnos?»

Pedro como ya se supone, no deseaba otra cosa.

Durante el camino los dos jóvenes nada dijeron al padre de su mútua inteligencia. Chabardeze estaba presente y además parecia triste y sombrío.

VI.

Dos meses despues de estos acontecimientos, un elegante carruaje se paró á la puerta de Miguel Leonis. Dos personas bajaron de él; una jóven en traje de visita de boda, y un hermoso caballero con todo el aire de felicidad, que se apresuraba á dar el brazo á su compañera para conducirla al salon donde se los introducía. Se anunció al señor y á la señora de Kepenne. Catalina y su marido corrieron á recibir á los nuevos esposos, y las dos amigas, arrojándose en los brazos una de otra, se tuvieron largo rato estrechamente abrazadas. Los dos maridos reclamaron su vez, lo cual les fué concedido de muy buena voluntad, y despues se habló alegremente del bautismo, de la boda, y de la sorpresa que este matrimonio habia causado á todos los habitantes de las aldeas vecinas. Nadie en efecto habia hecho la suposicion mas probable, la mas natural, dando la rosa de los Frésnos al mas querido discípulo del buen profesor.

==Lo único que altera nuestra dicha, dijo tristemente Rosa, es el estado valetudinario de Chabardeze; es cosa singular, desde nuestro casamiento se ha curado de su locura, y sonríe con melancolía cuando se la recuerdan.

==Quizá le aflige la pérdida de sus ilusiones,, observo Miguel.

==No sé, replicó Rosa; pero ello es que cambia de un modo visible.

==Mi nuevo padre, añadió Pedro, sufre mucho por el estado en que le vé. Quiere llamar á un médico; pero Chabardeze se opone á ello formalmente. Yo tambien me hallo muy inquieto respecto á nuestro amigo. Algo hay en él que no se comprende y que él no quiere decir. Estoy seguro de ello. Llama todavía algunas veces á mi muger la reina de las flores; pero si lo oyeseis, echariais de ver como yo que su corazon no está en sus palabras, y que se ha obrado en él una gran revolucion moral.

Hablóse en seguida de proyectos para el porvenir. Los recién casados partian al dia siguiente para Bruselas; los acompañaba su padre, el cual pasaria con ellos algunos dias. Mr. Deroy volvía luego á los Fresnos para hacer preparar la casa de modo que los novios pudiesen habitar en ella. Todos los inviernos se pasarían en Lieja. Estos proyectos fueron vivamente aprobados por el señor y la señora de Leonis, y anunciaron tambien su determinacion de trasladarse á Lieja durante la estacion fria. Así los cuatro amigos no se separarian, y el pequeño Miguel tendría toda facilidad para conocer y amar á su Madrina.

Rosa, segun lo habia manifestado á su amiga, partió al dia siguiente con Pedro para Bruselas. Mr. Deroy, sin embargo, no pudo acompañar á sus hijos. El inválido se habia agravado, y el buen profesor no queria dejar solo á su amigo, á pesar de quedar al cuidado de Balbina, en

un estado tan inquietante. En cuanto á los novios, era necesario que partiesen, porque los ensayos de una segunda ópera de Pedro exigian imperiosamente la presencia de este en Bruselas.

En fin, la primera representación de esta nueva obra, que debia consagrar definitivamente la reputacion del jóven compositor, se anunció. Toda la prensa habló de ella como de un acontecimiento, y el público acudió en masa al teatro.

Inmenso fué el éxito, las entradas continuaron grandes en provecho considerable del nuevo matrimonio. No habia ya que preocuparse por el porvenir. Aquella noche Pedro y Rosa volvieron á su casa rebosando de júbilo y ébrios de placer.

Durante su ausencia, habian traído de Jupille un cajoncito. Se apresuraron á abrirlo, y vieron que contenia una corona de yedra y una carta de Mr. Deroy.

Aquella corona de yedra fué reconocida por Rosa; era la que le habia dado Chabardeze el dia del bautismo de Miguelito, y que al acostarse aquella noche no halló entre sus cabellos.

La carta de Mr. Deroy les anunciaba que el inválido habia fallecido en los brazos del buen profesor, rogándole enviase á Rosa, despues de su muerte, aquella corona de yedra, que habia recogido, húmeda aun por la lluvia de la noche del bautismo, bajo una de las ventanas, del salon de Miguel Leonís.

Pedro y Rosa se miraron; lágrimas brotaron de sus ojos, y ambos se pusieron de rodillas delante del último y triste recuerdo del pobre rey de las flores.

Pocos dias despues el señor y la señora de Kepenne volvieron á Jupille, y hallaron al buen profesor profundamente afligido por la pérdida de su amigo. No fué necesario menos que la presencia de sus hijos para dulcifi-

car en parte la amargura de que estaba poseido su corazón.

Año y medio despues, Rosa era madre de una preciosa niña, y la señora de Leonís, su madrina, llevaba consigo á los Fresnos un gracioso niño de dos años, al que conocemos ya con el nombre de Miguel.

Los dos matrimonios fueron completamente felices. La buena Balbina vivió todavia muchos años, y Mr. Deroy, á medida que crecian sus nietos, se sentia rejuvenecer. Así llegó á una vejez muy avanzada.

En cuanto al niño Miguelito y á la niña Catalina, no sabré decir si mas tarde llegaron á casarse, cumpliendó así el vivo deseo que cuando el nacimiento de ambos manifestaban sus padres. A pesar de todo mi anhelo no he podido aun poner en ejecucion el proyecto, por mí ha tanto tiempo formado, de hacer un nuevo viaje, á mi querido país de Lieja, y por consiguiente me ha sido imposible averiguar si, en este punto, se cumplieron los votos fervientes de Rosa Kepenne y de Catalina Leonis.

FIN.